

P E N A S P O R A M O R
P E R D I D A S

W I L L I A M
S H A K E S P E A R E

Libros Tauro

PERSONAJES

FERNANDO, rey de Navarra.

BEROWNE

LONGAVILLE

DUMAINE

} jóvenes señores del séquito del rey

BOYET, caballero, de más edad, del séquito de la Princesa de Francia.

MERCADE, mensajero.

DON ADRIANO, español imaginado por Shakespeare.

HOLOFERNES, maestro de escuela.

SIR NATHANIEL, cura.

DULL, guarda rural.

COSTARD, campesino.

MOTH, paje de Armando.

Un guarda de caza.

LA PRINCESA DE FRANCIA.

ROSALINA

CATALINA

MARIA

} damas del séquito de la Princesa.

SANTIAGUITA, campesina.

WILLIAM SHAKESPEARE

Oficiales y otras personas del séquito del Rey y del
de la Princesa.

La acción ocurre en el reino de Navarra.

ACTO PRIMERO

ESCENA PRIMERA

En el parque del rey de Navarra

(Entran FERNANDO, rey de Navarra, BEROWNE, LONGAVILLE y DUMAINE.)

EL REY.- Pueda la fama, gloria que todos los hombres persiguen mientras están vivos, perdurar para siempre, grabada en el bronce de nuestras tumbas, proclamando nuestra victoria contra la desgracia de la muerte. Y gracias a ella, y pese al tiempo, ese cuervo voraz, pueda el esfuerzo de este momento actual procurarnos un honor que embote el agudo corte de su guadaña y nos haga herederos de la eternidad. Con ello, mis bravos conquistadores

-pues sois verdaderos conquistadores, ya que combatís contra vuestras pasiones y contra el inmenso ejército que son los deseos de este, mundo-, nuestro reciente edicto, puesto en práctica con todo rigor y en toda su amplitud, hará de Navarra la maravilla del mundo, y de nuestra Corte una pequeña academia apacible, contemplativa del arte de vivir. Los tres, Berowne, Dumaine y Longaville, me habéis jurado vivir conmigo durante tres años como mis compañeros de estudios, observando los estatutos de la cédula que veis aquí. El juramento ya está prestado, ahora es preciso que firméis con objeto de que viole el menor artículo de este pacto, vea su honor herido por su propia mano. Si os sentís armados del valor necesario para cumplir lo que habéis jurado hacer, confirmad, mediante una firma, lo jurado, y cumplidlo.

LONGAVILLE.- En cuanto a mí, resuelto estoy. Al fin y al cabo, no se trata sino de un ayuno de tres años. El alma banqueteará si el cuerpo languidece. A mucha panza, poco cerebro. Si los buenos bocados ponen al cuerpo lustroso, también al espíritu en franca bancarrota.

DUMAINE.- Amable señor, Dumaine a la mortificación se entrega también. Abandono los groseros

placeres del mundo a los viles esclavos de lo material. Renuncio y muerto soy para el amor, la riqueza, el fasto; todo por vivir como los que se entregan a la filosofía.

BEROWNE.- Yo no puedo, querido soberano, sino sumarme a sus afirmaciones, puesto que he jurado vivir y estudiar aquí durante tres años. Pero hay otras obligaciones demasiado rigurosas, que espero no estén inscritas en la cédula: por ejemplo, no tener contacto con mujer durante todo este tiempo; ni la de abstenerse de alimento un día a la semana y los demás no hacer sino una sola comida; sin contar eso de no dormir sino tres horas cada noche y no poder dar una cabezada en todo el día, ¡yo, habituado como estoy a no conceder nada, ni un mal pensamiento, a la noche, sino a dormirla toda entera, e incluso a considerar la mitad del día como noche cerrada! Espero, pues, que esto tampoco figurará en la cédula. Serían votos tan inútiles como penosos de soportar el no tener contacto con mujeres, ayunar y no dormir, ¡bah!

EL REY.- Juramento has prestado de pasarte de todo ello.

BEROWNE.- Permitidme, si os place, mi querido señor, que responda que no. Cuanto he jurado ha

sido estudiar junto a Tu Gracia, y permanecer aquí, en tu Corte, durante tres años.

EL REY.- Has jurado esto, Berowne, y lo demás también.

BEROWNE.- Sí y no, Majestad. Si he jurado, por pura broma ha sido... Porque, ¿cuál es el objeto del estudio? Os ruego me lo digáis.

EL REY.- ¡Evidente es!, conocer lo que sin él no conoceríamos.

BEROWNE.- ¿Queréis decir, sin duda, las cosas ocultas y fuera del alcance del sentido común?

EL REY.- En efecto, tal es la divina recompensa del estudio.

BEROWNE.- ¡Sea!, recompensémonos, pues. Aceptado y jurado darne al estudio con objeto de aprender aquello que me está vedado conocer: por ejemplo, dónde hacer una buena comida cuando me esté expresamente prohibido. Estudiaré también dónde hallar una hermosa querida, cuando el simple sentido común no me la ofrezca. Y cuando haya hecho juramento demasiado duro de cumplir, estudiaré el modo de romperle sin faltar a mi palabra. Si éste es el beneficio del estudio y si en ello ha de consistir el nuestro, es decir, en conocer lo que aún

no conocemos, entonces hacedme jurar y jamás responderé no.

EL REY.- Cuanto dices, obstáculos son, precisamente, que se oponen al estudio, por acostumbrar nuestra inteligencia a los vano placeres.

BEROWNE.- ¡Por supuesto, que todos los placeres son vanos! Pero ninguno tanto como el que adquirido con pena, tan sólo penas nos procuraría. ¿Para qué permanecer con los ojos penosamente pegados a un libro, tratando de encontrar en él la luz de la verdad, si esta misma verdad nos ciega traidoramente con su brillo? Luz en busca de luz no es sino luz cogida en los lazos de la luz. Antes de descubrir la luz en el seno de las tinieblas, perdemos los ojos, y a causa de ello, la luz misma se nos torna tinieblas. Aprended, pues, más bien, a encantar vuestros ojos fijándolos sobre otros más hermosos que, con su brillo, os sirvan, de guía y os devuelva la luz tras haberos deslumbrado. El estudio, es como el resplandeciente sol del cielo, que no quiere ser escrutado por miradas insolentes. Los tragalibros asiduos, apenas han ganado jamás otra cosa en los libros escritos por otros que una autoridad canija. Estos padrinos terrestres de las luces celestes que llaman por su nombre a cada estrella fija no gozan de más no-

ches luminosas que los que se pasean ignorantes del nombre de tales estrellas. Conocer demasiado es conocer de segunda mano. Ser padrino no es sino dar nombre a otro.

EL REY.- ¡Qué saber demuestra razonando contra el saber!

DUMAINE.- Como principio no sería malo, si no impidiese toda consecuencia.

LONGAVILLE.- La primavera se acerca cuando los pájaros incuban.

EL REY.- ¿Es decir?

BEROWNE.- Que cada cosa tiene su tiempo y su lugar.

DUMAINE.- Eso, razonablemente, no dice nada.

EL REY.- Berowne es como esas heladas envidiosas y malignas que muerden a lo que nace primero en primavera.

BEROWNE.- Si se quiere, ¡sea! Mas, ¿por qué el orgulloso verano se pavonearía antes de que los pájaros hayan tenido ocasión de cantar? ¿Por qué me alegraría yo de un nacimiento abortado? Ni en Navidad pido rosas ni deseo nieves cuando florecen en mayo. Deseo cada cosa en su tiempo. Es decir, que para darnos al estudio es ya demasiado tarde.

Es como subir al tejado para abrir la puertecilla de entrada.

EL REY.- Pues entonces abandona la partida y vuélvete a tu casa, Berowne; ¡adiós!

BEROWNE.- No, bondadoso señor, he jurado permanecer con vos, y aunque he abogado por la ignorancia más que vos podéis hacerlo en favor de vuestro angélico saber, guardaré lealmente el juramento que he prestado y soportaré, día tras día, la penitencia de estos tres años. Dadme la cédula, la leeré de punta a cabo, y estamparé mi firma bajo las más rigurosas cláusulas.

EL REY.- He aquí una sumisión que te salva de la vergüenza.

BEROWNE.- (*Leyendo.*) Item, que ninguna mujer se acerque a menos de una milla de mi Corte ¿Ha sido proclamado este artículo?

LONGAVILLE.- Hace ya cuatro días.

BEROWNE.- Veamos la penalidad. (*Leyendo.*) So pena de perder la lengua. ¿Quién ha imaginado esta penalidad?

LONGAVILLE.- Yo, ¡pardiez!

BEROWNE.- ¿Y por qué, mi querido amigo?

LONGAVILLE.- Porque tan temible castigo las alejará de aquí.

BEROWNE.- ¡Ley peligrosa para la galantería! (*Le-
yendo.*) Item, si durante este espacio de tiempo, de
tres años, un hombre es sorprendido hablando con
una mujer, sufrirá la humillación pública que el resto
de la Corte juzgue bueno imponerle. Este artículo,
Alteza, vos mismo tendréis que violarle, pues sabéis
muy bien que la hija del rey de Francia, doncella de
una gracia y de una majestad totales, viene como
embajadora para tratar con vos de la cesión de
Aquitania a su padre, decrépito, enfermo y en el le-
cho. Por consiguiente, o este artículo ha sido redac-
tado en vano, o en vano viene la admirable princesa
aquí.

EL REY.- ¿Qué decís a esto, señores? En verdad
que habíamos olvidado tal cosa.

BEROWNE.- Luego bien veis que el estudio jamás
alcanza lo que se propone. Mientras anda a la busca
de lo que quisiera conseguir, olvida hacer lo que de-
bería. Y cuando tiene lo que perseguía, su conquista
es como la de esas ciudades que se toman tras ha-
berlas incendiado: es decir, tan pronto perdidas co-
mo tomadas.

EL REY.- Es preciso abolir este artículo. Es abso-
lutamente necesario que la Princesa se aloje aquí.

BEROWNE.- La necesidad nos hará tres mil veces perjuros en estos tres años. Pues cada hombre nace con pasiones que tan sólo una gracia especial puede dominar, no la voluntad. Si yo quebranto mi juramento, esta palabra, "necesidad", me servirá de excusa. Estampo, pues, mi firma en el decreto, sin hacer excepción alguna. (*Lo hace.*) Y que el que infrinja el menor detalle sufra la pena de una vergüenza eterna. Las tentaciones, idénticas son para mí que para vosotros; pues bien, aunque parezca que firmo en contra de mi voluntad, creo que el último que honrará su juramento seré yo. Pero, ¿se nos concederá al menos algún alegre entretenimiento?

EL REY.- Esto sí. Nuestra Corte, como sabéis, es visitada frecuentemente por un viajero de España; hombre refinado, experto en todas las modas nuevas y cuyo cerebro es una fábrica de lindas frases. Un hombre a quien la música de su vano lenguaje parece seducir cual armonía encantadora; criatura al corriente de todos los usos y al que se escoge como árbitro cuando hay querella entre lo que conviene o no conviene. Este prodigio de la fantasía, que se llama Armando, nos contará, en el intervalo de nuestros estudios, y en términos sublimes, las proezas de muchos caballeros de la leonada España, pe-

recidos en las querellas de este mundo. Hasta qué punto os distrae, esto ya no lo sé; mas sí que yo adoro oírle inventar sus mentiras y que he de hacer de él mi trovador.

BEROWNE.- Armando es un personaje enteramente ilustre; arca de palabras recientemente acuñadas; verdadero caballero a la moda.

LONGAVILLE.-Costard, el joven campesino, y él serán nuestro entretenimiento. Y tras ello, estudiemos. Tres años pasarán pronto. (*Entran Dull, el guarda campestre, y Costard.*)

DULL.-¿Quién de vosotros es el Duque en persona?

BEROWNE.-Hele aquí, muchacho. ¿Qué quieres de él?

DULL.-Yo represento, yo mismo, su persona, pues yo soy guarda campestre de Su Gracia. Pero quisiera ver su propia persona en carne y hueso.

BEROWNE.-Pues él es.

DULL.-El señor Arm... Arm... os envía su saludo. (*Entrega al Rey una carta.*) Ocurren allí cosas poco limpias. Esta carta os dirá más de lo que yo digo.

COSTARD.-Mi señor, los informes que contiene a mí se refieren.

EL REY.- ¡Carta del magnífico Armando!

BEROWNE.-Por ínfimo que sea el asunto, espero en Dios que las palabras serán sublimes.

LONGAVILLE.-¡Esperanza infinita y resultado mediocre! ¡El Señor nos dé paciencia!

BEROWNE.-¿Para escuchar o para no escuchar?

LONGAVILLE.-Para escuchar con resignación, caballero amigo, y para reír con moderación. O para abstenernos de ambas cosas.

BEROWNE.-Todo dependerá, ¡pardiez!, de lo que el motivo o el estilo empuje a nuestra alegría.

COSTARD.-La cosa se refiere a mí, señor. Cuestión de Santiaguilla. Ocurre que he sido sorprendido en lo ocurrido.

EL REY.-¿Y que ha ocurrido?

COSTARD.-He aquí lo ocurrido y la manera como ha ocurrido lo ocurrido, en tres partes: he sido visto con ella en la casa grande, sentado con ella en un banco, y sorprendido, siguiéndola, en el parque. Lo que uno con otro hace la ocurrencia de lo ocurrido. Ahora bien, señor, en cuanto a lo ocurrido, es la forma como suele ocurrir que un hombre hable a la mujer; y en cuanto a cómo ha ocurrido lo ocurrido, es ese cómo especial...

BEROWNE.-¿Y tras ello señor mío?

COSTARD.-Y tras ello, a ver, qué sé yo, mi castigo.
¡Qué Dios defienda el buen derecho!

EL REY.-¿Queréis oír esta carta con atención?

BEROWNE.-Como escucharíamos un oráculo.

COSTARD.-¡Tal es la tontería de hombre cuando escucha lo que se refiere a la carne!

EL REY.-(*Leyendo*) Gran disputado, vicegerente de la bóveda celeste, dominador único de Navarra, Dios terrestre de mi alma y patrón nutrido de mi cuerpo.

COSTARD.-Todavía ni palabra de Costard.

EL REY.-(*Leyendo siempre*) He aquí los hechos

COSTARD.-Es posible que cuente los hechos; pero como diga lo que han sido los hechos, en verdad de verdades que me deja deshecho.

EL REY.-¡Paz a la lengua!

COSTARD.-¡Y paz a mí y a todo hombre que tenga miedo si combate!

EL REY.-¡He dicho que silencio!

COSTARD.-Respecto a los secretos de otro, os lo prometo.

EL REY.-(*Leyendo de nuevo.*) He aquí los hechos: sitiado por negra melancolía, había confiado este humor sombrío y opresor a la saludable medicina del aire libre, y tan verdad como que soy un hidalgo que

se me metió en la cabeza el dar un paseo. ¿A qué hora? Hacia la hora sexta; hora en que el animal parece más a su gusto, en que el pájaro picotea con más apetito y en que el hombre se sienta a la mesa para hacer esa colación que se llama cena. Ahora, ¿en qué sitio? Entiendo por sitio el lugar por el que me paseaba. En el denominado tu parque. Ahora, lugar en el qué. Entiendo por lugar en el qué, aquel en el cual se ha ofrecido a mis ojos el acontecimiento obscuro y enteramente incongruente, que saca de mí pluma, blanca como la nieve, la tinta color de ébano que ves, contemplas, miras, examinas u observas. En cuanto al lugar en el que, el situado al Norte-Noroeste y al Este del ángulo Oeste de su jardín el de las curiosas revueltas. He aquí donde he visto a ese patán de bajo espíritu, a ese vil desperdicio que te causa alegría...

COSTARD.-¡Yo!

EL REY.- Ese alma iletrada y de ínfimo saber. . .

COSTARD.-¡Yo!

EL REY.- Ese vulgar vasallo...

COSTARD.-¡Yo aún!

EL REY.- Que si mal no recuerdo se denomina Costard. ..

COSTARD.-No hay duda que yo, ¡ay!

EL REY.- Asociarse y unirse a despecho de tu edicto establecido y proclamado y de los cánones contenidos en él, con... con... ¡Oh cómo me cuesta decirte con quién! ..

COSTARD.-Con una chica.

EL REY.- Con una hija de nuestra abuela Eva. Con una hembra. Y para hablar mejor a tu exquisito entendimiento, con una mujer. Este hombre, yo (empujado por un inalterable sentido del deber), te lo envió para que reciba la recompensa del castigo que merece por mano de un oficial de Tu Suave Majestad, el denominado Antonio Dull, hombre de buena reputación y de buena conducta, de buenas costumbres y bien estimado.

DULL.-Yo mismo, si os place, soy Antonio Dull.

EL REY.- En cuanto a Santiaguilla -así se llama la frágil barquichuela a la que he sorprendido con el antedicho patán-, la retengo aquí como nave destinada a sufrir la cólera de tu ley, dispuesto a hacerla comparecer al menor signo de tu suave voluntad. Todo de ti, con la plenitud de un corazón consagrado al devorante ardor del deber. Don Adriano de Armando.

BEROWNE.-No está tan bien como esperaba; no obstante, es de lo mejor que he oído.

EL REY.-Sí, es de lo mejor en lo malo. En cuanto a ti, ¡bribón!, ¿qué respondes a esto?

COSTARD.-Mi señor, lo de la chica lo confieso.

EL REY.-¿No habías oído la proclama?

COSTARD.-Confieso haberla oído mucho, pero escuchado, poco.

EL REY.-No obstante, ha sido proclamado un año de prisión para todo aquel que fuese sorprendido con una muchacha.

COSTARD.-Yo no he sido sorprendido con una muchacha, señor, sino con una damisela.

COSTARD.-Es que tampoco era una damisela.

COSTARD.-Es que tampoco era una damisela, señor, sino una virgen.

EL REY.-Esta variante estaba también en la proclama; decía; asimismo, una virgen.

COSTARD.-De ser así me vuelvo atrás sobre lo, de la virginidad; tratábase de una doncella.

EL REY.-Esta doncella no arreglará tu asunto, caballere.

COSTARD.-Por tanto, esta doncella arregla bien cuanto necesito, señor.

EL REY.-Pues bien, voy a pronunciar tu sentencia: durante una semana ayunaras a pan y agua.

COSTARD.-Preferiría orar un mes a sopa y carne-ro.

EL REY.-Y don Armando será tu carcelero. Señor Berowne, cuidad de que el prisionero le sea entregado. En cuanto a nosotros, amigos míos, vamos a poner en ejecución lo que tan firmemente hemos jurado. (*Salen el Rey, Longaville y Dumaine.*)

BEROWNE.-Apostaría mi cabeza contra el sombrero de cualquier buen hombre a que esos juramentos y esos edictos acaban en pura irrisión. ¡Andando, bribón!

COSTARD.-Sufro por la verdad, señor, pues nada más verdad que he sido sorprendido con Santiagueta, y que Santiagueta es una verdadera muchacha. Sé, pues, bien venida, copa amarga de la prosperidad. Un día u otro la aflicción puede empezar a sonreírme de nuevo; hasta entonces, ¡ten calma, dolor! (*Salen.*)

ESCENA II

(Entran ARMANDO y MOTH)

ARMANDO.-Muchacho, cuando un hombre de gran espíritu se torna melancólico, ¿de qué es ello señal?

MOTH.-Gran señal, es, señor, de que está triste.

ARMANDO.-Pero tristeza y melancolía son una y misma cosa, mi querido muchachito.

MOTH.-No, no, seguramente, no, señor.

ARMANDO.-¿Cómo te las arreglarías tú para distinguir la tristeza de la melancolía, mi tierno mozalbete?

MOTH.-Mediante una demostración familiar de sus efectos, mi coriáceo señor.

ARMANDO.-¿Por qué coriáceo señor?, ¿por qué coriáceo señor?

MOTH.-¿Por qué tierno mozalbete?, ¿por qué tierno mozalbete?

ARMANDO.-He dicho tierno mozalbete porque tal es el epíteto congruente que cuadra y conviene a tus años tan jóvenes, que bien se pueden denominar tiernos.

MOTH.-Y yo digo coriáceo señor porque tal es el epíteto que conviene a vuestra mucha edad, que bien puede ser calificada de coriácea.

ARMANDO.-¡Lindo y pertinente!

MOTH.-¿Qué queréis decir con esto, señor? ¿Qué yo soy lindo y mi palabra oportuna, o que yo estoy lleno de oportunidad y que mi palabra es linda?

ARMANDO.-Tú eres lindo porque eres pequeño.

MOTH.-Pequeñamente lindo, puesto que soy pequeño. ¿Y por qué oportuno?

ARMANDO.-Oportuno porque eres vivo.

MOTH.-¿Lo decís en alabanza mía, mi amo?

ARMANDO.-En merecida alabanza.

MOTH.-Con parecida alabanza podría yo alabar a una anguila.

ARMANDO.-¡Cómo! ¿Serías capaz de decir de una anguila que es ingeniosa?

MOTH.-Diría que es viva.

ARMANDO.-Yo he querido decir que tú eres vivo en la réplica. Me calientas la sangre.

MOTH.-Por respondido me doy, señor.

ARMANDO.-No me gusta que se sea doble conmigo.

MOTH.-*(A parte.)* Dice todo lo contrario de lo que es: son los doblones los que no gustan de él.

ARMANDO.-He prometido estudiar tres años con el Duque.

MOTH.-Podéis bien hacerlo en una hora, señor.

ARMANDO.-Imposible.

MOTH.-¿Cuánto hace tres veces uno?

ARMANDO.-Yo cuento mal. Ello es útil para la inteligencia de un mozo de taberna.

MOTH.-Vos sois hidalgo y jugador, señor.

ARMANDO.-Confieso tener ambas cualidades; son el barniz de un hombre cumplido.

MOTH.-Pues entonces, seguro estoy que sabéis a la importante suma a que llegan dos más as.

ARMANDO.-A la suma de uno más dos.

MOTH.-Lo que el bajo vulgo llama tres.

ARMANDO.-Exacto.

MOTH.-Y bien, señor, ¿es esto un estudio muy difícil? He aquí que hemos podido estudiar ya tres an-

tes de que hayáis tenido tiempo de guiñar un ojo tres veces. En qué modo es fácil añadir la palabra años a la palabra tres y estudiar con ello tres años en dos palabras, el caballo que baila os lo diría.

ARMANDO.-¡Admirable demostración.!

MOTH.-(*A Parte.*) Que prueba que tú eres cero.

ARMANDO.-Tras lo cual, te confesaré que estoy enamorado. Y como es cosa baja que un soldado ame, yo estoy enamorado de una muchacha de baja condición. De poder sacar la espada contra esta inclinación amorosa y librarme de estos reprobables pensamientos, haría a Deseo prisionero y se lo cambiaría a cualquier cortesano francés contra una reverencia a la moda nueva. Pues encuentro humillante suspirar. Creo que debería renegar de Cupido. Consuélame, muchacho. ¿Qué grandes hombres estuvieron enamorados?

MOTH.-Hércules, mi amo.

ARMANDO.- ¡Suavísimo Hércules! Cítame aún otros de marca, querido niño. Y sobre todo, mi dulce criatura, que sean hombres de buena conducta y sólida reputación.

MOTH.-Sansón, amo. Era hombre de sólida, de formidable reputación a causa de haberse echado las

puertas de una ciudad a la espalda, como un mozo de cuerda. No obstante, estuvo enamorado.

ARMANDO.-¡Oh robustísimo Sansón! ¡Sansón musculoso! Yo soy superior a ti con la tizona, tanto como tú lo eres respecto a mí arrancando puertas. Pero yo también estoy enamorado. ¿Y de quién estaba enamorado Sansón, mi querido Moth?

MOTH.-De una mujer, mi amo.

ARMANDO.-¿De qué color era su tez?

MOTH.-De los cuatro colores, o de tres, o de dos, o de uno sólo de los cuatro.

ARMANDO.-Pero dime con precisión de qué tinte.

MOTH.-Verde agua de mar, mi amo.

ARMANDO.-¿Es éste uno de los cuatro tintes?

MOTH.-Sí, mi amo, según lo que yo he leído. E incluso el más bonito.

ARMANDO.-En efecto, el verde es el color de los amantes. No obstante, paréceme que Sansón no tenía mucha razón para hacer tal cosa. Seguro es que la amaba a causa de su espíritu.

MOTH.-Precisamente, señor, puesto que tenía un espíritu de los más verdes.

ARMANDO.-Mi amada es de un blanco y de un rojo immaculados.

MOTH.-Los más inmaculados pensamientos, amo, se ocultan bajo tales colores.

ARMANDO.-Explica, explica, bien cultivado.

MOTH.-Espíritu de mi padre y lengua de mi madre, ¡asístidme!

ARMANDO.-¡Tierna convocación en un hijo! ¡En qué modo encantadora y patética!

MOTH.-

Si en verdad hecha está de blanco y rojo, jamás sus faltas han de ser sabidas.

Pues es precisamente en el sonrojo como las faltas, sí, son conocidas.

En pecado que esté, o de miedo llena, palidez no será en su cara espejo; roja, parecerá inocente y buena; blanca, cándida y llena de gracejo.

He aquí, amo, unos versos que os pondrán sobre aviso contra los peligros de lo blanco y de lo rojo.

ARMANDO.-¿No hay una balada, muchacho, llamada *del Rey y de la Mendiga*?

MOTH.-Hace tres generaciones que el mundo es culpable de esta balada; pero creo que ahora no habría medio de encontrarla. E incluso, de encontrarla, ya no valdría nada ni como letra ni como música.

ARMANDO.-Voy a volver a escribir esta balada con objeto de justificar mi extravío mediante algún precedente ilustre... Porque, hijo mío, amo a esa joven campesina a la que he sorprendido en el parque con ese patán racional llamado Costard. Es una muchacha digna.

MOTH.-(*Aparte.*) Digna de ser azotada; y en todo caso de tener un amante mejor que mi amo.

ARMANDO.-Canta, muchacho. El amor llena de peso mi corazón.

MOTH.-Mucho me extraña tal cosa, puesto que amáis a una muchacha ligera.

ARMANDO.-Canta, te digo.

MOTH.-Espera a que los que llegan se alejen. (*Entran Dull, Costard y Santiaguita.*)

DULL.-Señor, la voluntad del Duque es que guardéis como es debido a Costard. No deberéis permitirle placer ni infligirle pena, pero habrá de ayunar tres días por semana. En cuanto a esta joven, yo tengo que guardarla en el parque, donde servirá como lechera. Adiós. (*Se aleja.*)

ARMANDO.-Mi propio rubor me traiciona. ¡Joven!

SANTIAGUITA.-¡Hombre!

ARMANDO.-Iré a visitarte a tu cobijo.

SANTIAGUITA.-Por ahí está.

ARMANDO.-Yo sé dónde.

SANTIAGUITA.-¡Dios, qué sabio sois!

ARMANDO -Te contaré maravillas.

SANTIAGUITA.-¡Cara tenéis de ello!

ARMANDO.-¡Te amo!

SANTIAGUITA.-Al menos os lo oigo decir.

ARMANDO.-Por consiguiente, hasta más ver.

SANTIAGUITA.-Que el buen tiempo llegue con vos.

DULL.-(*Llamándola.*) Ven, Santiaguita, y vamos. (*Se disponen a marcharse.*)

ARMANDO.-Mientras no seas perdonado, bribón, ayunarás a causa de tus maldades.

COSTARD.-Sea, señor. Ayudaré animosamente con el estómago lleno, cual espero.

ARMANDO.-Serás pesadamente castigado.

COSTARD.-Entonces os quedaré más obligado que vuestros servidores que tan ligeramente son remunerados.

ARMANDO.-Llevad a este patán y hacedle callar.

MOTH.-Esclavo delincuente, ¡vamos!

COSTARD.-No me hagáis encerrar, señor; ayunar, bien puedo hacerlo en libertad.

MOTH.-No, caballero; jugarás al escondite. A prisión irás.

COSTARD.-Pues bien, si alguna vez vuelvo a ver los hermosos días de desolación que ya he visto, otros habrá que verán entonces...

MOTH.-¿Y qué es lo que verán?

COSTARD.-Nada. ¡pardiez!, señor Moth, sino aquello que miren. Y como conviene a los prisioneros ser avaros de sus palabras, nada más diré. Gracias a Dios tengo tan poca paciencia como cualquier otro; por consiguiente, sabré estar tranquilo. (*Salen Moth y Costard.*)

ARMANDO.-Adoro hasta el polvo (bien bajo, por tanto), que pisa su zapato (más bajo aún), guiado por su pie (¡todavía más bajo!) Pero amando, me perjuro, lo que es gran prueba de deslealtad. Mas, ¿cómo puede ser leal el amor alcanzado mediante la perfidia? Amor es un duende; Amor es un diablo; no hay otro ángel malo que Amor. No obstante, Sansón tentado fue como yo, pese a tener una fuerza extraordinaria. Y Salomón, asimismo, fue seducido, no obstante toda su sabiduría. Si la maza de Hércules nada pudo contra la acerada flecha de Cupido, ¿que podría contra ella la tizona de un español? Tercera y cuarta parada de nada me servirían. Ni Amor respeta los ataques ni se preocupa de las leyes del duelo. Su humillación está en ser llamado

niño; su gloria en someter a los hombres. ¡Adiós, valor! ¡Enmohece, tizona!; tambor, ¡silencio! Vuestro amo está enamorado. Sí, ¡ama! Que algún dios de la rima improvisada me asista, pues seguro que voy a fabricar sonetos. Medita, espíritu; escribe pluma; siento que voy a producir volúmenes in folio. (*Sale.*)

ACTO II

ESCENA UNICA

El parque del rey de Navarra

*(Entran la PRINCESA DE FRANCIA,
ROSALINA, MARÍA, CATALINA, BOYET y
otros señores de la comitiva)*

BOYET.-Y ahora, Señora, invocad a vuestras mejores cualidades. Considerad que el rey, vuestro padre, os envía en embajada; a quien os envía, y cual es el objeto de vuestra misión. Sois vos, tan superiormente situada en la opinión del mundo, quien vais a negociar con el incomparable navarro, heredero único de todas las perfecciones que un hombre puede poseer. Y el objeto en litigio es nada menos

que Aquitania, bien viudal digno de una reina. Sed, pues, tan pródiga en gracias exquisitas como lo fue la naturaleza cuando hizo las gracias tan raras al despojar de ellas al mundo entero para colmaros a vos tan generosamente.

PRINCESA-Mi buen caballero Boyet, mi belleza, bien endeble, no tiene necesidad de la florida pintura de vuestros elogios. Es el juicio del que mira lo que da precio a la hermosura y no las bajas pujas lanzadas por los mercaderes. Me siento menos orgullosa oyéndoos alabar mis méritos, que vos estáis deseoso de que os tenga por espiritual, gastando vuestro espíritu en alabar el mío. Y ahora el asignar su misión al profesor que enseña la suya a los demás. No ignoráis, mi buen Boyet, puesto que el rumor público ha llevado su eco hasta el extranjero, que el navarro ha hecho voto de no dejar cercarse a ninguna mujer a su Corte antes de haber consumido tres años en penosos estudios. Parécenos, pues, necesario, antes de franquear sus prohibidas puertas, conocer lo que bien le plazca. A este efecto, y llena de confianza en vuestros méritos, os hemos escogido como nuestro abogado más persuasivo y elocuente. Decidle, pues, que la hija del rey de Francia, implora el honor de una conferencia personal con

Su Gracia, para tratar de un asunto importante, y que necesita ser prestamente resuelto. Apresuraos a significarle nuestro deseo; cual modestos visitantes, esperamos aquí su decisión.

BOYET.-Orgullosa de mi misión, parto gustosa a cumplirla.

PRINCESA.-Todo orgullosa de algo es solícita en realizarlo; tal os ocurre a vos. (*Boyet sale.*) ¿Y quiénes son, mis amados caballeros, los que se han asociado al voto del virtuoso Duque?

UN SEÑOR.-El señor de Longaville es uno de ellos.

PRINCESA.-¿Le conocéis?

MARÍA.-Yo le conozco, Señora. He visto a este Longaville en Normandía con motivo del matrimonio entre el señor Perigord y la linda heredera de Santiago de Falcobridge. Tiene fama de hombre dotado de méritos excepcionales; muy versado en artes y glorioso en las armas. Dícese que triunfa en cuanto emprende. La única mancha en el brillo de sus raras virtudes -si el brillo de la virtud puede sufrir mancha- es tener un espíritu acerado unido a una voluntad en exceso obstinada. El que tiene un espíritu hiriente y una voluntad inmutables no perdona a nadie que caiga en su poder.

PRINCESA.-Un alegre burlón, sin duda, ¿no es esto?

MARIA .-Eso dicen los que conocen bien su carácter.

PRINCESA.-Tales espíritus son de corta duración; se ajan al crecer. ¿Quiénes son los otros?

CATALINA.-El señor Dumaine, joven caballero en todo cumplido; estimado a causa de su virtud por todos aquellos para quienes la virtud es estimable; todopoderoso para hacer el mal, bien que sin la maldad; con suficiente espíritu para transformar la fealdad en hermosura y suficiente hermosura para agradar, aunque careciese de espíritu. Le he visto una vez en casa de] duque Alanson, y cuanto bien digo de él queda muy por bajo de su gran mérito.

ROSALINA.-Y estaba con él, si no me equivoco, otro de estos compañeros de estudios llamado Berrowne. Jamás he conversado, durante una hora, con un hombre más alegre, sin sobrepasar los límites de la alegría decente. Su mirada no deja de ofrecer a su espíritu ocasiones para brillar. Cada objeto que aquélla capta, éste le torna en regocijante broma; y su lengua, intérprete sutil de su pensamiento, expresa éste en términos tan justos y tan graciosos, que escuchándole, los viejos diríase que recobran el al-

ma retozona de su juventud al tiempo que los jóvenes quedan maravillados, de tal modo su conversación está llena de vivacidad y de encanto.

PRINCESA.-¡Dios os bendiga, mis damas! ¿Estáis, sin duda, todas enamoradas, cuando de este modo cada una de vosotras adorna a su preferido con las más brillantes guirnaldas de elogios?

UN SEÑOR.- He aquí a Boyet, que vuelve. (*Entra Boyet.*)

PRINCESA.-Veamos, mi señor Boyet, ¿qué acogida podemos esperar?

BOYET.-El navarro había tenido noticia de vuestra graciosa llegada, y estaba dispuesto, en unión de los caballeros que han prestado con él juramento, a salir a vuestro encuentro noble señora, cuando yo he llegado. Desgraciadamente, según he creído comprender, su intención es más bien alojaros en pleno campo, cual enemigo que viniese a sitiar su Corte, que tratar de eludir su juramento acogiéndoos en su palacio solitario. Pero aquí tenéis al navarro. (*Entran el Rey, Longaville, Dumaine, Berowne y el séquito del rey.*)

EL REY.-Amable Princesa, sed la bien venida a la Corte de Navarra.

PRINCESA.-Amable, os devuelvo el cumplido. En cuanto a bien venida, aún no lo soy, pues el tejado

de la Corte en que estamos es demasiado alto para ser el de la vuestra, y vuestra bienvenida, en pleno campo, demasiado humilde para mí.

EL REY.-Seréis, Señora, la bien venida en mi Corte.

PRINCESA.-Consiento en ser allí la bien venida.

Conducidme, pues, hasta ella.

EL REY.-Escuchadme, querida señora; he hecho un juramento.

PRINCESA.-¡Nuestra Señora asista a Vuestra Majestad! Vais a perjuraros.

EL REY.-Por nada del mundo, hermosa señora. Al menos voluntariamente.

PRINCESA.-Sí, sí, vuestra voluntad quebrantará este juramento; vuestra sola voluntad.

EL REY.-Vuestra Gracia ignora en qué consiste tal juramento.

PRINCESA.-Si Vuestra Alteza fuese ignorante como yo, vuestra ignorancia sería sabiduría; mientras que ahora, vuestro saber es prueba de ignorancia. He sabido que Vuestra Gracia ha hecho juramento de desterrar toda hospitalidad. Tal juramento, Señor, pecado mortal es el sostenerle. Mas perdonadme, soy demasiado atrevida; mal está dar una lección a mi maestro. Dignaos saber el objeto de mi

venida y responded inmediatamente a mi petición. *(Le da un papel.)*

EL REY.-Inmediatamente lo haré, Señora, si ello me es posible.

PRINCESA.-Lo podréis, tanto más cuanto que con ello os desembarazaréis de mí más pronto; haciendo que me quedase os tornaríais perjuro. *(El Rey lee atentamente el mensaje.)*

BEROWNE.-*(A Rosalina.)* ¿No he bailado con vos una vez en Brabant?

ROSALINA.-¿No he bailado con vos una vez en Brabant?

BEROWNE.-Seguro estoy que sí.

ROSALINA.-Entonces, ¿para qué preguntármelo?

BEROWNE.-No seáis tan viva.

ROSALINA.-¿De quién es la culpa? No me espoleéis con preguntas semejantes.

BEROWNE.-Fogoso es vuestro espíritu. Corre tan de prisa que se fatigará.

ROSALINA.-No sin haber tirado a su caballero en pleno bache.

BEROWNE.-¿Qué hora es?

ROSALINA.-La hora en que los tontos la preguntan.

BEROWNE.-¡Buena suerte a vuestra máscara!

ROSALINA.-¡La buena suerte a la cara que cubre!

BEROWNE.-Y que tengáis muchos amantes.

ROSALINA.-Amén, con tal de que vos no estéis entre ellos.

BEROWNE.-Comprendido. Dejo el campo libre.

EL REY.-Señora, vuestro padre habla aquí del pago de cien mil coronas, que no hacen sino la mitad de la suma que el mío ha desembolsado por él en sus guerras. Admitiendo, bien que no haya ocurrido, que mi padre o yo hayamos admitido esta suma, quedarían aún por pagar otras cien mil coronas en garantía de las cuales retenemos una parte de la Aquitania, prenda muy inferior al valor de esta cantidad. Por consiguiente, si el Rey, vuestro padre, quiere rembolsar siquiera la mitad que nos es aún debida, renunciaremos a nuestros derechos sobre Aquitania y seguiremos manteniendo amistad leal con Su Majestad. Mas no parece que tal sea su intención, puesto que, como veis, nos pide rembolsarle a él cien mil coronas, con objeto de mantener sus derechos sobre Aquitania, provincia de la que nos desembarazaríamos con gusto, pues preferiríamos recibir el dinero prestado por nuestro padre, que conservar Aquitania mutilada tal cual está. Querida Princesa, si la petición de vuestro padre no es-

tuviese tan lejos de todo arreglo razonable, vuestra hermosura obtendría, que mi corazón concediese incluso lo que fuese contra razón, con lo que podríais volveros a Francia plenamente satisfecha.

PRINCESA.-Hacéis una gran ofensa al rey, mi padre, e incluso perjudicáis el honor y fama que rodea vuestro nombre, fingiendo ignorar haber recibido lo que tan lealmente os fue pagado.

EL REY.-Os aseguro que jamás oí hablar de tal pago. Si os queréis tomar la pena de probármelo, dispuesto estoy, ora a devolver esta suma, ora a ceder Aquitania.

PRINCESA.-Os cogemos la palabra. Boyet, podéis mostrar los recibos entregados contra tal cantidad por los oficiales especiales de Carlos, su padre.

EL REY.-Con ellos me daría por satisfecho.

BOYET.-Que ello no contraríe a Vuestra Gracia, pero el paquete que contiene estos recibos y otros documentos relativos al asunto, no ha llegado aún. Pero mañana los tendréis ante vuestros ojos.

EL REY.-Ello me bastará. Tendremos una nueva entrevista y aceptaré todo arreglo razonable. Entretanto, recibid de mi parte la bienvenida que el honor puede conceder, sin faltar al honor, a vuestro positivo mérito. Hermosa princesa, no podéis cru-

zar mi puerta, pero aquí, fuera, seréis acogida de tal modo que podréis figuraros que estáis alojada en mi corazón, bien que la hospitalidad en mi palacio os sea rehusada. Que vuestra mucha indulgencia me excuse. Adiós, Señora. Mañana volveré a visitaros de nuevo.

PRINCESA.-Que una salud perfecta y satisfechos cuantos deseos tengáis acompañen a Vuestra Gracia.

EL REY.-Yo hago por vos, Señora, los mismos votos, estéis allí donde estéis. *(Sale seguido de su séquito.)*

BEROWNE.-*(A Rosalina.)* Señora, os recomendaré a mi corazón.

ROSALINA.-Recomendadme, sí, os lo ruego; mi contento sería grande viéndole.

BEROWNE.-¡Qué no daría porque le oyeseis gemir!

ROSALINA.-¿Está enfermo el pobre loco?

BEROWNE.-Enfermo del corazón.

ROSALINA.-¡Oh!, que le hagan una buena sangría.

BEROWNE.-¿Creéis que le sentaría bien?

ROSALINA.-Mi medicina dice que sí.

BEROWNE.-¿Queréis entonces atravesarle con vuestras miradas?

ROSALINA.-No, con mi cuchillo.

BEROWNE.- ¡Dios preserve entonces vuestra vida!

ROSALINA.-Y la vuestra aún más.

BEROWNE.-Imposible permanecer más tiempo para daros las gracias. *(Se retira.)*

DUMAINE.-*(Boyet.)* Una palabra, caballero, os lo ruego: ¿Quién es esa dama?

BOYET.-La heredera de Alansón. Su nombre es Catalina.

DUMAINE.-Encantadora criatura. Caballero, hasta la vista. *(Sale.)*

LONGAVILLE.-*(A Boyet.)* Una palabra, por favor. ¿Quién es la que va de blanco?

BOYET.-Vista a la ligera podríasela tomar por una mujer.

LONGAVILLE.-Vista a la ligera podría parecer ligera, señor mío. Desearía su nombre.

BOYET.-No teniendo sino uno para ella, sería vergonzoso desearlo.

LONGAVILLE.-Decidme, os lo ruego, ¿de quién es hija?

BOYET.-Según he oído, de su madre.

LONGAVILLE.-Grandes deseos siento de daros un tironcito de la barba.

BOYET.-Mi buen caballero, no os enfadéis; es la heredera de Falconbridge.

LONGAVILLE.-Acabó mi cólera. Es una deliciosa criatura.

BOYET.-Bien pudiera serlo, en efecto. (*Longaville sale y Berowne vuelve.*)

BEROWNE.-(*Señalando a Rosalina.*) ¿Cómo se llama la dama de la caperuza?

BOYET.-Rosalina, por venturosa casualidad.

BEROWNE.-¿Está casada o no?

BOYET.-No tiene otro marido que su capricho, caballero, o cosa así.

BEROWNE.-Sois el bien venido, señor, adiós.

BOYET.-Guardo el adiós, para vos la bienvenida, (*Berowne sale.*)

MARIA.-Este último es Berowne, el tan alegre y bromista señor. No hay palabra en él que no sea una chanza.

BOYET.-Y todas sus chanzas no son sino palabras.

PRINCESA.-Bien habéis hecho respondiéndole en su mismo tono.

BOYET.-Tan deseoso estaba de enzarzarme con él como él de abordarme.

CATALINA.-Como dos borregos que se topan, ¡a fe mía!

BOYET.-¿Y por qué no dos veleros? Yo no quisiera ser borrego, mi dulce cordera, a menos de poder pastar en vuestros labios.

CATALINA.-Sea; vos borrego y yo pasto, si ello termina la broma.

BOYET.-(*Tratando de abrazarla.*) Acaba en cuanto me concedáis el dulce pasto.

CATALINA.-No, cariñoso borrego; mis labios son propiedad privada, no prado comunal.

BOYET.-¿A quién perteneces?

CATALINA.-A mi suerte y a mí.

PRINCESA.-Los espíritus hirientes buscan la discordia, los buenos hallan la armonía. Esta guerra civil en la que aguzáis el ingenio, sería mucho más provechosa contra el rey de Navarra y sus bibliómanos. Ahora está fuera de lugar.

BOYET.-Si mi observación, que rara vez se equivoca, no me engaña ahora, leo en su mirada el secreto lenguaje de su corazón, y por él veo, que el rey de Navarra está herido.

PRINCESA.-¿Por quién?

BOYET.-Por lo que los amantes llamamos pasión profunda.

PRINCESA.-¿Razón para decir tal cosa?

BOYET.-¡Pardiez!, todos sus sentimientos habíanse refugiado en el bastión de sus ojos que centelleaban de deseo. Su corazón, semejante a un ágata en que estuviese grabada vuestra imagen, orgulloso de tan preciosa huella, manifestaba este orgullo en sus miradas. Todos sus sentidos recogíanse en el de la vista, ajeno a contemplar otra cosa que la más hermosa entre las hermosas. Hubiérase dicho, sí, que todos sus sentidos estaban encerrados en sus ojos, como en una caja de cristal las joyas que se quieren hacer comprar a un príncipe, y que, dejando ver su esplendor a través de lo que contiene, tienta el bolsillo de cuantos pasan. Se leía en su cara tal sorpresa, que todos los ojos veían que los suyos estaban maravillados de lo que contemplaban. Para vos Aquitania y cuanto contiene, os lo aseguro, si consintieseis en darle un solo beso de amor.

PRINCESA.-Vamos a nuestro pabellón. Boyet está dispuesto a...

BOYET.-Dispuesto tan sólo a expresar con palabras lo que las miradas del rey han revelado. Me contento con ser la boca de sus ojos y con añadir a ella una lengua que bien sé que no miento.

ROSALINA.-Lo que sois es un viejo galanteador, hábil en hablar de estas cosas.

MARIA.-Es el abuelo de Cupido y por él sabe lo que sabe.

ROSALINA.-En este caso, Venus se parecería a su madre, pues su padre es horrible.

BOYET.-¿Oís bien, mis locas doncellas?

MARIA.-No.

BOYET.-¿Veis bien, en todo caso?

ROSALINA.-Sí, nuestro camino para irnos.

BOYET.-Sois demasiado astutas para mí. (*Salen.*)

ACTO III

ESCENA UNICA

Otra parte del parque

(ARMANDO y MOTH *están sentados bajo los árboles*)

ARMANDO.-Gorjea, pequeñuelo, y encanta mi sentido del oído. (*Moth canta la canción Concolinel.*)

¡Dulce música! Toma, pimpollo de juventud, esta llave, da espacio libre al patán y tráemele aquí al instante. Quiero hacerle llevar una carta a mi amada.

MOTH.-¿Queréis, mi amo, ganar a vuestra amada? Enseñadla el meneo francés.

ARMANDO.-¿El meneo francés? ¿Qué quieres decir?

MOTH.-He aquí, mi noble señor; tarareáis una jiga apenas con la punta de la lengua al tiempo que bailáis una canaria con los pies, sazonando todo ello con un intencionado rodar de ojos. Una nota la cantáis, otra la suspiráis, unas veces con la garganta cual si tragaseis el amor al cantarle, bien con la nariz cual si le sorbieseis con sólo olfatearle. Vuestro sombrero hacia adelante como alero sobre la barraca de vuestros ojos; los brazos, cruzados sobre el justillo que cubre vuestra menguada panza, cual conejo en asador, o bien en el bolsillo como los personajes de las estampas antiguas. Teniendo cuidado de no insistir mucho en la misma canción; apenas un punto y a otra. He aquí las delicadezas, he aquí las finuras que seducen a las chicas guapas que sin ello, por supuesto, serían igualmente seducidas, y que hacen de quienes las poseen -¡notadlo bien, señor!- hombres notables.

ARMANDO.-¿Cómo has adquirido esta experiencia?

MOTH-Mediante un penique de observación.

ARMANDO-¡Ay!, ¡ay!

MOTH.-(*Cantando.*) ¡Gire, gire el caballo de madera!

ARMANDO.-¿Tomas a mi amada por un caballo de madera?

MOTH.-No, mi amo. El caballo de madera no es sino otro (*aparte*), y vuestra amada es quizá una hacaña de alquiler. Pero, ¿habéis olvidado ya a vuestra amada?

ARMANDO.-Sí, casi.

MOTH.-¡Escolar negligente! Es preciso conocerla de memoria.

ARMANDO.-De memoria y de corazón, hijo mío.

MOTH.-Y fuera del corazón, mi amo; os voy a probar las tres cosas.

ARMANDO.-¿Qué vas a probar?

MOTH.-Que soy un hombre, si vivo bastante para ello. Pero os voy a demostrar al punto que debéis conocer a vuestra bella de memoria, con el corazón y fuera del corazón. Amáis a vuestra bella de memoria, porque no la tenéis sobre vuestro corazón; la amáis de todo corazón, porque todo él está lleno de ella, y la amáis fuera de vuestro corazón puesto que éste no tiene esperanza de conseguirla.

ARMANDO.-En efecto, triplemente enamorado estoy.

MOTH.-Sí, de estas tres maneras y de muchas otras más... (*Aparte.*) Sin que dejes por ello de ser una nulidad.

ARMANDO.-Ve a buscarme al patán; es preciso que me lleve una carta.

MOTH.-He aquí un mensaje en regia: un rocín sirviendo de embajador a un asno.

ARMANDO.-¿Eh?, ¿eh?, ¿qué estás diciendo ahí?

MOTH.-Que deberíais, mi amo, hacer que el asno cumpliera el recado a lomos de rocín, pues anda muy despacio. Pero me voy.

ARMANDO.-El camino no es largo. Corre.

MOTH.-Rápido como el plomo, mi amo.

ARMANDO.-¿Qué quieres decir, ingenioso niño? ¿No es, acaso, el plomo un metal pesado, macizo, lento?

MOTH.- *Minime*, mi honorable amo; dicho de otro modo, de ninguna manera, mi amo.

ARMANDO.-Yo digo que el plomo es lento.

MOTH.-Habláis demasiado de prisa, mi amo, diciendo tal cosa. El plomo que sale de un fusil, ¿es lento?

ARMANDO.-¡Lindo vaporcillo de retórica! Me toma por un fusil y es él quien es la bala. Pues bien, te descargo contra el patán.

MOTH.-¡Apunten! ¡Fuego! ¡Salgo! (*Lo hace.*)

ARMANDO.-¡Qué jovenzuelo lleno de vivacidad, ¡qué gracia!, ¡qué agilidad de espíritu! Perdóname, dulce cielo, que suspire en tu propia cara. ¡Oh tristísima melancolía ante la cual hasta el valor cede su puesto! ... Pero he aquí a mi heraldo de vuelta. (*Moth entra en unión de Costard.*)

MOTH.-¡Un milagro, amo! He aquí una calabaza que se ha roto una espinilla.

ARMANDO.-¡Aun un enigma!, ¡una charada!, veamos la dedicatoria . ¡Empieza!

COSTARD.-Nada de enigma, de charada ni de dedicatoria señor, ni de otros ungüentos. Bastará un poco de llantén, creedme, señor; de llantén puro y simple. Dedicatoria, no, dedicatoria, no, ni ungüentos; ¡llantén!, ¡llantén!

ARMANDO.-¡Voto a tal!, me obligas a reír. Tu estupidez me dilata el bazo y, al hinchar mis pulmones, provoca en mí una hilaridad ridícula. ¡Oh estrellas mías, perdonadme! ¡El inconsciente toma la dedicatoria por un ungüento!

MOTH.-¿No hace, acaso, el sabio lo mismo?, ¿no es la dedicatoria un bálsamo?

ARMANDO.-No, pajecillo. La dedicatoria es un epílogo; un discurso destinado a esclarecer algún

pensamiento oscuro dicho precedentemente. Voy a dar un ejemplo:

El Zorro, el Mono y el Abejorro
estando tres, un número impar eran.

He aquí el apólogo. Ahora la dedicatoria.

MOTH.-Yo añadiré la dedicatoria; repetid el apólogo.

ARMANDO.-El Zorro, el Mono, el Abejorro,
estando tres, un número impar eran.

MOTH.-Cuando el ganso, saliendo del hangar,
juntóse a ellos y los hizo par.

Ahora yo repetiré vuestro apólogo y vos continuaréis con mi dedicatoria:

El Zorro, el Mono, el Abejorro,
estando tres, un número impar eran.

ARMANDO.-Cuando el ganso, saliendo del hangar,
juntóse a ellos y los hizo par.

MOTH.-Y me parece que como dedicatoria es de primera, puesto que dedicáis un ganso. ¿Qué más podríais pedir?

COSTARD.-El muchacho se la ha dado y mejor que con queso. Sobre que si el ganso está bien cebado, señor, habéis hecho negocio. Para hacer un buen negocio, es preciso, como en el juego, si se quiere

ganar, hacer trampa. Pero un ganso cebado, a fe mía que es una dedicatoria sustanciosa.

ARMANDO.-Veamos, ¿cómo ha empezado esta discusión?

MOTH.-Diciendo que una calabaza se había roto una espinilla. Entonces, vos me habéis pedido la dedicatoria.

COSTARD.-Es. verdad. Y yo he pedido llantén. Con lo que ha llegado vuestra demostración. Luego ha sido la dedicatoria sustanciosa del paje. Vos que habéis caído en la trampa, y con ello, el asunto terminado.

ARMANDO.-Pero dime, ¿cómo una calabaza ha podido romperse una pierna?

MOTH.-Os voy a explicar la cosa de una manera sensible.

COSTARD.-Como tú no puedes sentirla tanto como yo, Moth, esta vez seré yo quien diga la dedicatoria:

Al salir, yo Costard, de la prisión por la puertecilla me caí;

¡qué costalada, dioses! y rompíme la espinilla.

ARMANDO.-Bien, dejemos aquí la cosa.

COSTARD.-Hasta que mi tibia tenga una nueva historia.

ARMANDO.-Costard, mi excelente patán, te voy a libertar.

COSTARD.-¿Libertar? ¿Queréis decir que vais a casarme con una muchacha demasiado libre? ¡Umh!, huelo trampa aquí. Como quien dice, el ganso de la dedicatoria.

ARMANDO.-Quiero decir, ¡por mi alma exquisita!, que voy a dejarte en libertad; a hacer libre tu persona. ¿No estabas enmurallado, encerrado, aprisionado, confinado?

COSTARD.-Es verdad, es verdad. Y ahora vos queréis ser mi purga, pues me vais a dejar bien suelto.

ARMANDO.-Te doy la libertad, te extraigo de la prisión y la única condición que a cambio de ello te impongo es la siguiente: *(le da una carta.)* Lleva esta significación a Santiagueta, la campesina. *(Le da una moneda.)* He aquí tu remuneración. Pues el mejor atributo de mi honor es remunerar a mis servidores. Moth, sígueme. *(Sale.)*

MOTH.-Yo soy todo su séquito. Signior Costard, adiós. *(Moth sale.)*

COSTARD. -¡Adiós, dulce onza de carne humana!, ¡mi linda joya! Y ahora veamos la remuneración. Sin duda, es la palabra latina para decir tres cuartos de penique; tres cuartos de penique, ¡una remunera-

ración! ¿Cuánto esta cinta? -Un penique-. No, os daré una remuneración, ¡y cinta comprada! Pues es una palabra más bonita, ¡pardiez!, que el escudo francés. No volveré a comprar, ni a vender, sino empleando esta palabra. (*Entra Berowne.*)

BEROWNE.- ¡Hombre!, este excelente bribón de Costard, ¡feliz hallazgo!

COSTARD.-Un ruego, señor, ¿cuánta cinta de color rosa se puede comprar por una remuneración?

BEROWNE.-¿Y qué es una remuneración?

COSTARD.-Caray, señor, tres cuartos de penique.

BEROWNE.-Pues bien, puedes comprar tres cuartos de penique de seda.

COSTARD.-Doy las gracias a Vuestro Honor. El señor os acompañe. (*Se dispone a salir.*)

BEROWNE.-Espera, pícaro, que tengo necesidad de ti. Si quieres ganar mi protección, mi buen Costard, haz por mí una cosa que voy a pedirte.

COSTARD.-¿Cuándo queréis que sea hecha, señor?

BEROWNE.-Esta tarde.

COSTARD.-Pues hecha será, señor; ¡adiós!

BEROWNE.-Pero si no sabes de qué se trata.

COSTARD.-Una vez que la haya hecho lo sabré.

BEROWNE.-Pero, necio, es preciso que la sepas antes.

COSTARD.-Ya iré a ver a Vuestro Honor mañana por la mañana.

BEROWNE.-Es preciso que sea hecho esta tarde. Escúchame, mendrugo, se trata simplemente de lo siguiente: la Princesa vendrá a cazar aquí al parque; y entre su séquito hay cierta dama cuyo nombre basta pronunciar para tener ya la voz dulce y embalsamada: ¡Rosalina! Pues bien, pregunta por ella y deja en su blanca mano este billete lacrado. (*Le da una carta y un chelín.*) Y esto para ti, como gratificación. Vete.

COSTARD.-¡Gratificación!, ¡querida gratificación! ¡Qué diferencia con una remuneración! ¡Once peniques más! ¡Oh gratificación infinitamente dulce! Yo haré exactamente lo que queréis. ¡Gratificación!... ¡Remuneración... (*Sale.*)

BEROWNE.-Y yo, ¡pardiez!, heme aquí enamorado. ¡Yo, que fustigaba el amor! ¡Yo, severo como dómine contra los suspiros de los enamorados! ¡Yo creo, crítica viva, sargento de la policía nocturna del amor, pedante que tiranizaba con más arrogancia que mortal alguno a ese niño de los ojos vendados, lloriqueón, ciego y caprichoso! ¡A ese joven milord! ¡A ese enano gigante, el todopoderoso don Cupido, soberano consagrado con suspiros y lamentos! ¡Ma-

jestad de todos los desocupados y de todos los des-
 contentos! ¡Terrible príncipe de faldas, rey de bra-
 guetas, emperador absoluto y general en jefe de to-
 dos los recaderos ambulantes! ¡Pobre corazón mío!
 ¡Verme reducido ahora a simple oficial de campo de
 su ejército y a llevar sus colores como el aro rodea-
 do de cintas de un saltimbanqui! ¡Pero cómo!,
 ¿amar yo?, ¿yo hacer la corte?, ¿buscar yo una mu-
 jer, una esposa, semejante a un reloj alemán, a la que
 haya que arreglar siempre por estar siempre des-
 compuesta y que no vaya bien sino a costa de vigi-
 larla sin cesar de querer que dé la hora? Y lo que es
 peor de todo, ¡perjurarme! Y por si todo ello fuese
 poco, amar, de tres mujeres, ¡la peor! ¡Una coqueta
 paliducha con cejas de terciopelo y dos bolas de pez
 clavadas en la cara a guisa de ojos! Sí, ¡por el cielo!
 una moza que hará lo que le plazca, ¡aunque le pon-
 gan a Argos como eunuco y guardián! ¡Y que yo
 suspire por ella! ¡que por ella pierda el sueño!, ¡que
 hasta por ella llegue a rogar! No hay duda que es un
 calamitoso castigo que Cupido me impone por ha-
 ber desconocido su todo poder y terrible pequeña
 fuerza... Pues bien, ¡seal, amaré, escribiré, suspiraré,
 rogaré, suplicaré_y gemiré. En definitiva, todos
 aman: unos a las damas, otros, a las fregonas. (*Sale.*)

PENAS POR AMOR PERDIDAS

ACTO IV

ESCENA PRIMERA

El parque del rey de Navarra

(Entran la PRINCESA, ROSALINA, MARIA, CATALINA, BOYET, el séquito y un guardacaza)

PRINCESA.-¿Era el Rey el que espoleaba tan vivamente a su caballo para hacerle escalar esa colina tan escarpada?

BOYET.-No lo sé; pero creo que no era el Rey.

PRINCESA.-Sea quien fuere el tal caballero, demostraba tener un temple fogoso. Ea, señores, hoy despacharemos nuestros asuntos, y el sábado nos volveremos a Francia. Y ahora vamos a ver, tú, amigo, el guardacaza, dinos, ¿dónde está el matorral

donde debemos apostarnos para hacer de asesinos desde él?

GUARDACAZA.-Muy cerca de aquí. En la linde de ese tallar que hay allí. Puesto es desde el que podréis hacer blancos, ¿hermosos!

PRINCESA.-Si los blancos son hermosos y soy yo quien los hago, habré de dar gracias más que a mi habilidad de buena cazadora, a mi hermosura, por lo que, sin duda, tú dices lo de hermosos.

GUARDACAZA.-Perdonad, Señora, no es así como yo entendía la cosa.

PRINCESA.-¿Cómo?, ¿cómo?, ¿empiezas por alabarme y luego te desdices? ¡Efímera vanidad! ¿No soy hermosa entonces? ¡Ay de mí, qué desgracia!

GUARDACAZA.-Cierto que sí, Señora, que sois hermosa.

PRINCESA.- ¡Bah!, no trates ahora de rehacer mi retrato. Donde no hay belleza, en vano la adulación trataría de enmendar la cara. Toma, mi buen espejo, esto para ti, por haberme dicho la verdad. (*Le da dinero.*) Buena recompensa por malas palabras es dar más de lo debido.

GUARDACAZA.-Nada hay que no sea hermoso en todo cuanto poseéis.

PRINCESA.-Vedlo, vedlo, mi hermosura va a ser salvada por mi liberalidad. ¡Oh herejía contra la belleza digna de nuestro tiempo! La mano que da, por fea que sea, obtendrá lindas alabanzas. Pero, ea, dadme el arco. Cuando la piedad se dispone a matar, cuanto mejores sean los golpes, peores serán. En todo caso, segura estoy de salir airosamente de esta cacería: si no atino a las piezas, se dirá que la piedad me lo ha impedido; de alcanzarlas, entonces que lo he hecho para mostrar mi destreza; es decir, más por ser alabada que por el propósito de matar. Y, en verdad, que cosa semejante sucede con frecuencia: la gloria se hace culpable de crímenes odiosos cuando, por obtener alabanzas o renombre, vanidades puramente exteriores, inclinamos hacia ellas los impulsos de nuestro corazón. Así yo ahora, tan sólo por conseguir alabanzas, trataré de derramar la sangre de un pobre gamo, al que mi corazón no desea mal ninguno.

BOYET.-¿No es también por amor, simplemente, a ser alabadas, por lo que las mujeres de carácter agrio se esfuerzan por establecer su soberanía, tratando de hacerse las dueñas de sus dueños?

PRINCESA.-En efecto, y alabanzas debemos a toda dama que subyuga a su señor. (*Entra Costard.*)

BOYET.-Pues aquí llega un miembro de la cofradía.

COSTARD.- ¡Buenas tardes, a todos! Con perdón, ¿quién es aquí la dama de cabeza?

PRINCESA.-Para reconocerla, muchacho, no tienes sino mirar a aquellas a las que les falte.

COSTARD.-Quiero decir la dama más grande, la más elevada.

PRINCESA.-Pues entonces la más fuerte y la más alta.

COSTARD.-La más fuerte y la más alta, esto es. La verdad es la verdad. Si vuestro talle, mi señora, fuese tan delgado como mi espíritu, el cinturón de una de esas damiselas os iría bien. ¿Sois, pues, la que manda aquí? Porque entre todas sois la más fuerte.

PRINCESA.-¿Y qué queréis, señor mío?, ¿qué queréis?

COSTARD.-Tengo una carta de mi señor Berowne para una tal dama Rosalina.

PRINCESA.-¡Ah! Dame, dame tu carta al punto; es una de mis buenas amigas (*coge la carta*). Aguarda un poco, mi buen mensajero. Boyet, vos que sabéis trinchar, abridme este pollo.

BOYET.-Siempre a vuestro servicio... (*Viendo la dirección.*) Pero hay error. Esta carta no es para nadie de aquí. Ha sido escrita para Santiaguita.

PRINCESA.-La leeremos, no obstante, lo juro. Torced el cuello a ese sello y que cada uno aguace el oído.

BOYET.-(*Leyendo.*) Que eres hermosa, ¡por el cielo!, cosa es absolutamente infalible; que eres linda, mucha verdad; que adorable, ¡la verdad misma ! ¡Oh tú, más graciosa que la gracia, más hermosa que la hermosura, más verdadera que la verdad, ten compasión de tu heroico vasallo! En otro tiempo, el magnánimo y muy ilustre rey Cophetua dejó caer sus ojos sobre la pernicioso y evidente mendiga Zenelophon; y él es quien hubiera tenido el derecho de decir: *veni, vidi, vici* , palabras que, anatomizadas en lenguaje vulgar (¡oh vil, bajo y oscuro vulgar!), quieren decir *videlicet* : que llegó, que vio y que venció. Vino, uno; vio, dos; venció, tres. ¿Quién vino?, el Rey. ¿Para qué vino? Para ver. ¿Para qué vio?, Para vencer. ¿Por quién vino? Por la mendiga. ¿Qué vio?, la mendiga. ¿A quién venció?, a la mendiga. Conclusión: una victoria. ¿De qué lado?, de lado del Rey. La prisionera fue enriquecida. ¿Quién era esta prisionera?, la mendiga. La catástrofe: un matrimonio. ¿Para quién? ¿Para el Rey? No, para los dos a la vez, o a la vez para los dos. Yo soy el Rey, pues así se explica la comparación; tú, tú eres la mendiga, pues

tal atestigua tu baja condición. ¿Mandaré en tu amor?, puedo hacerlo. ¿Forzaré tu amor?, podría. ¿Imploraré tu amor?, consiento en ello. ¿Contra qué cambiarás tus andrajos?, contra trajes. ¿Tú indignidad?, contra dignidades. ¿Tú misma?, contra mí. Esperando tu respuesta prófano mis labios en tus pies, mis ojos en tu imagen y mi corazón en cada parcela de tu persona. De ti, con la más tierna intención de servirte.

Don Adriano de Armandó.

¿No oyes, querida oveja,
 cómo junto a ti ruge el león de Nemea?
 ¡Guárdate de su empuje!
 Si te inclinas sumisa bajo su garra real,
 tal vez, hartó, se digne
 jugar el animal.
 Pero si le resistes,
 pobre alma dolorida,
 serás pasto a su rabia,
 carnaza en su guarida.

PRINCESA.-¿Qué pluma de pavo real ha redactado esta carta? ¿Qué fanfarrón?, ¿qué gallo de veleta? ¿Habéis oído jamás algo más chusco?

BOYET.-O mucho me engaño o reconozco el estilo.

PRINCESA.-Mala memoria tendríais de haberle olvidado tan pronto.

BOYET.-Este Armando es un español que reside aquí en la corte. Un Monarcho. Un hombre que sirve de entretenimiento al príncipe y a sus compañeros de estudio.

PRINCESA.-Una palabra, muchacho. ¿Quién te ha dado esta carta?

COSTARD.-Ya os lo he dicho, mi señor.

PRINCESA.-¿Y a quién tenías que entregarla?

COSTARD.-A mi señora, de parte de mi señor.

PRINCESA.-¿Y de qué señor y a qué dama?

COSTARD.-De mi señor Berowne, a una dama de Francia llamada Rosalina.

PRINCESA.-Te has equivocado de carta... (*volviéndose hacia su séquito*). Ea, señores, vamos. (*A Rosalina*). De todos los modos, toma esta carta, querida; la tuya ya llegará otro día. (*Salen todos excepto Boyet Rosalina, María y Costard.*)

BOYET.-¿Quién está de caza?, ¿quién está de caza?

ROSALINA.-¿Tengo que enseñároslo?

BOYET.-Sí, continente de hermosura.

ROSALINA.-Pues bien, la que tiene el, arco. ¡Toma!, ¡para que aprendas!

BOYET.-La princesa mi señora corre a matar animales con cuernos; pero cuando tú te cases, ¡que me ahorquen si los cuernos faltan aquel año! ¡Ésta para tí!

ROSALINA.-Entonces yo seré quien cace.

BOYET.-¿Y quién será tu ciervo?

ROSALINA.-Si se le escoge por los cuernos, no os pongáis a mi alcance. ¡Buen dardo o mucho me engaña.!

MARIA.-Siempre estáis buscándola querella, Boyet, por tanto, os da en plena frente.

BOYET.-Ella recibe los golpes más abajo. ¿La he dado yo bien esta vez?

ROSALINA.-Puesto que, estamos a golpes, ¿deberé asestaros una vieja pulla, adulta ya como un hombre, cuando Pepino, el rey de Francia, no era aún sino un niño?

BOYET.-Y yo, ¿Podré responderte con un también viejo dicho, adulto ya como una mujer, cuando Geneveva, la reina de Bretaña, no era aún sino una niña?

ROSALINA.-Ya no puedes, ya no puedes, ¡hombrecito! Para tí ya el blanco es negro, ¡pobrecito!

BOYET.-Yo no puedo, yo no puedo, ¡bien lo sé!
 ,pero en pleno de tu blanco habrá quien dé.

(Rosalina sale corriendo seguida de Catalina.)

COSTARD.-¡Muy entretenido, a fe mía!, ¡cómo han
 arreglado la cosa entre los dos!

MARÍA.-Ha sido, sí, un blanco bien apuntado,
 puesto que los dos han dado en él.

BOYET.-¿Blanco dices, mi damita? ¡Cuidado con
 el blanco siempre! Nada mejor para ajustar un blan-
 co que una buena clavija.

MARIA.-Vos falláis siempre. Dais al lado. Apuntáis
 demasiado alto.

COSTARD.-Cierto, debería apuntar desde más cer-
 ca, si no, jamás dará en el sitio.

BOYET.-Si yo apunto demasiado alto, tú en cam-
 bio, parece ser que aciertas siempre donde quieres.

COSTARD.-El buen golpe está en rajar en dos la
 clavija.

MARIA.-¡Largo, largo!, habláis de un modo tan
 grosero que torna morros vuestros labios.

COSTARD.-Puesto que tirando no podéis con ella,
 señor, desafiadla a echar una partida de bolos.

BOYET.-Temo que me echaría también a rodar
 muy pronto. *(Saludando.)* Buenas noches, excelente
 mochuelo. *(Salen Boyet y María.)*

COSTARD.-¡Por mi alma, qué rústico, qué patán! ¡Señor, Señor, cómo le hemos manteado las dos damas y yo! ¡Deliciosa broma, a fe mía! ¡Qué sutilmente vulgar es todo lo que brota a propósito deliciosa y obscenamente! ¡Qué diferencia con Armando! ¡Este sí que es un hombre refinado! ¡Hay que verle pasearse con una dama llevándola el abanico! ¡Hay que verle besarle la mano y hacerle promesas dulces! Sin contar que está, además, ahí su paje, ese puñadito de chispa. Ese, ¡el cielo me valga!, piojito patético. *(Se oye un grito.)* ¿Eh? ¿Qué pasa? *(Corre y se esconde.)*

ESCENA II

En el parque

(Entran HOLOFERNES, NATANIEL y DULL hablando animadamente)

NATANIEL.-He aquí una caza enteramente respetable, y hecha de modo que da testimonio de una buena conciencia.

HOLOFERNES.-El gamo estaba, como lo sabéis, *sanguis* y en el punto justo para ser muerto; es decir, maduro como una manzana reineta que pende, como una joya, de la oreja del *coelum*, el ciclo, la bóveda celeste, el firmamento; y he aquí que de pronto cae como manzana silvestre sobre la faz de la *terra*, el suelo, el terruño, la tierra.

NATANIEL.-Es verdad, maestro Holofernes, que variáis deliciosamente los epítetos como podría hacerlo un sabio, por lo menos. Pero lo que os aseguro es que se trataba de un corzo de un año.

HOLOFERNES.-*Haud credo*, mosén Nataniel.

DULL.-No era un haut credo, sino un cervato.

HOLOFERNES.-¡Bárbara interpretación! Es, no obstante, una especie de insinuación, como si dijéramos *in via*, a guisa de explicación; con objeto de *facere*, una especie de réplica, o más bien, a fin de *ostentare*, de manifestar su sentimiento, según su manera ineducada, no cortés, grosera, inculta; carente de experiencia o más bien, iletrada, o mejor aún, no corroborada, que le hace tomar mi *haud credo* por un cervatillo.

DULL.-Yo lo que he dicho es que el cervato no era un haut credo, sino un corzo.

HOLOFERNES.-¡Simpleza doblemente enraizada! ¡*Bis coctus!* ¡Oh ignorancia, olí monstruo, cuán deforme eres!

NATANIEL.-Es, señor, que jamás se ha nutrido de las sutilidades que se hallan en los libros. Jamás ha comido como si dijéramos, papel, ni es tampoco un bebedor de tinta. Su intelecto no ha sido amueblado. Es un animal sensible, tan sólo en las partes

groseras. Una de esas plantas estériles que son puestas ante nosotros con objeto de que nosotros, hombres de gusto y de sentimientos, estemos agradecidos a las facultades que fructifican mejor en nosotros que en él. Pues del mismo modo que a mí me iría mal hacerme el tonto, el indiscreto o el imbécil, asimismo, sería poner a estudiar a un zafio, el enviarle a él a la escuela. Pero *omne bene*, digo yo, a mi vez, y con ello soy de la opinión de un antiguo monje: Muchos que no aman las tempestades pueden soportar el mal tiempo.

DULL.-Vos, que sois ambos hombres de libros, ¿podrías adivinar, con todo vuestro sabor, lo que, teniendo un mes cuando Caín nació, aún no alcanza hoy las cinco semanas?

HOLOFERNES.-Dictynna, mi excelente Dull, Dictynna.

DULL.-¿Y qué es Dictynna?

NATANIEL.-Uno de los nombres que se da a *Febé*, *Luna*, la luna.

HOLOFERNES.-La luna tenía un mes cuando Adán no tenía más, y no tenía aún cinco semanas cuando él era ya centenario. Dígase Adán o Caín, es lo mismo.

DULL.-En efecto, póngase uno u otro, la cosa viene a ser igual.

HOLOFERNES.-¡Dios viene en ayuda de tus capacidades! Por mi parte, digo que la adivinanza hace alusión a las fases de la luna.

DULL.-Yo por la mía, que a las fases de la luna hace alusión. Que la luna nunca tiene más de un mes. Y, además, afirmo que es un cervato lo que la Princesa ha matado.

HOLOFERNES.-Mosén Nataniel, ¿queréis escuchar un epitafio improvisado a propósito de la muerte del corzo? Por complacer a este ignorante, llamo cervato al corzo que la Princesa ha matado.

NATANIEL.-*Perge*, mi buen maestro Holofernes, *perge*, si queréis abrogar con gusto toda vulgaridad.

HOLOFERNES.-Insistiré un poco en la alteración, para demostrar facilidad.

Sin piedad, la princesa cazadora, atraviesa,
de un gamo saltarín, el lustroso costado.

(Gamo era, no cervato, la codiciada presa,
bien que alguno lo diga; cierto, mal enterado.)

Entre los matorrales, de canes los ladridos
mezclábanse a los gritos de muchos cazadores;
tras la testa de un gamo unos ramos perdidos

hacían de él un ciervo de diversos colores.

¡Oh capricho curioso de la naturaleza!

Unas ramas transforman de un gamo la cabeza,
como cinco de entre ellos, si lleváis

bien la cuenta,

basta añadir un cero para hacerlos... ¡cincuenta!

NATANIEL.-¡Oh qué talento peregrino!

DULL.-Si el talento es una garra, ved cómo agarra
él como con una garra el suyo.

HOLOFERNES.-Es un don que poseo, nada más,
nada más. Tengo un espíritu fantástico y extrava-
gante, lleno de imágenes, de figuras, de formas, de
objetos, de ideas, de concepciones, de movimientos,
de revoluciones. Todo ello concebido en el ventrí-
culo de la memoria, nutrido en el seno de *pia mater*, y
que viene a nacer cuando la ocasión se ofrece ma-
dura. Este don es precioso cuando es vivo, y en
cuanto a esto no tengo sino dar gracias.

NATANIEL.-Yo, mi señor Holofernes, gracias doy
a Dios por haberos creado, y lo mismo pueden ha-
cer mis feligreses, la que sus hijos están bien educa-
dos, gracias a vos, y sus hijas, gracias a vos, también
hacen grandes progresos; sois, en verdad, un buen
ciudadano de la comunidad.

HOLOFERNES.-*¡Mehercle!*, si sus hijos son inteligentes, no será la instrucción la que les falte; de tener sus hijas alguna capacidad, ciertamente no quedará sin empleo. Pero *vir sapit qui pauca loquitur*. He aquí, un alma femenina que nos saluda. (*Entran Santiaguita y Costard.*)

SANTIAGUITA.-Dios os dé un buen día, señor cura.

HOLOFERNES.-¡Señor cura!, *¡quesi* una cura! ¿Quién, pues de nosotros, tiene necesidad de someterse a cura?

COSTARD.-¡Pardiez!, señor maestro de escuela, el que más se parezca a un barril.

HOLOFERNES.-¡Justo, puesto que curar equivale a limpiar y es preciso que un barril lo esté! He aquí un pensamiento deslumbrador para un terrón de tierra, una linda chispa para una piedra, una hermosa perla para un puerco; encantador, excelente.

SANTIAGUITA.-(*Entregándole una carta.*) Mi buen señor cura, tened, la bondad de leerme esta carta. Me la envía don Armando, y Costard me la ha dado de su parte. Por favor, leédmela.

HOLOFERNES.- *Fauste, precor, gelida quanlo pecus omne sub umbra ruminat* etc. ¡Ah!, ¡excelente mantua-

no, yo puedo decir de ti lo que los viajeros dicen de Venecia:

Venetia, Venetia,

Chi non ti vede, non ti pretia

¡Viejo mantuano!, ¡viejo mantuano! Quien no te comprende, no puede amarte. (*Canturreando.*) ¡Do, re, sol, la, mi, fa! (*Mirando por encima del hombro de mosén Nataniel.*) Con vuestro permiso, señor y amigo, ¿cuál es su contenido? O más bien, como dice Horacio en su obra... ¡Pero, por mi alma!, ¡si son versos!

NATANIEL.-Sí, caballero. Y en modo alguno mal compuestos.

HOLOFERNES.-Hacedme oír una estrofa, una estancia, un verso. *Lege, domine.*

NATANIEL.-(*Leyendo.*)

Perjuro soy, señora, por amaros.

Mas, ¿qué puede obligar sino hermosura?

A vos sólo leal, grande locura

sería el no rendirse y adoraros.

¿A qué los libros, si para cantaros no ha de servir su ciencia? ¿A qué pintura?

¿Puede haber otra ciencia más segura

que conoceros? ¿Arte que pintaros?

¡Alma infeliz, si viéndoos no muere!

Yo, sólo de admiraros, me sé sabio.

¡Ojos de luz!, voz, si se enfada, trueno!

Pero armonía, si acaricia y quiere.

Permitid, ¡oh divina!, a un pobre labio

que cante al cielo (¡tú!), de tierra lleno.

HOLOFERNES.-No marcáis bien los apóstrofes, y a causa de ello, no se siente bien el ritmo. (*Coge la carta.*)

Dejadme releer la cancionilla. Sólo la medida ha sido respetada, pero en lo que afecta a la elegancia, a la facilidad, al ritmo dorado de la poesía, *caret.*

Ovidius Naso era el gran hombre para esto. ¿Y por qué, en verdad, era llamado Naso?

Pues porque sabía olfatear las odoríferas flores de la fantasía; los borbotones de la inspiración. Imitar no es nada:

esto lo hace el perro con su amo, el mono con su guardián, el caballo, bien adiestrado, con su caballero.

Pero, ¿es a ti, virginal damisela, a quien esto va dirigido?

SANTIAGUITA.-Sí, mi señor. Y de parte del caballero Berowne, uno de los señores de la princesa extranjera.

HOLOFERNES.-Echemos una mirada sobre la dirección (*lee*). A la mano, blanca como la nieve, de la muy hermosa dama Rosalina

Examinemos aún la firma de la carta con objeto de conocer la denomi-

nación de quien escribe a la persona antedicha: De Vuestra Gracia, su enteramente rendido servidor Berowne." Mosén Nataniel, este Berowne es uno de los compañeros del Rey, y ha redactado esta carta por una de las damas de la comitiva de la reina extranjera; carta que, accidentalmente, cuando iba en vía de progresión hacia su destino, se ha extraviado. Vuela con paso ligero, monina, y deja este escrito en la noble mano del Rey; puede ser importante. Y no te detengas en dar las gracias. Te dispenso de toda cortesía. ¡Adiós!

SANTIAGUITA.-Querido Costard, ven conmigo. Dios os guarde, señores.

COSTARD.-Todo tuyo, queridita. (*Salen juntos.*)

NATANIEL.-Caballero, habéis obrado esta vez muy devotamente y de acuerdo con el temor de Dios; y como dice cierto santo padre...

HOLOFERNES.-Mosén, no me habléis de los Padres. Los colores colorantes me dan miedo. Pero, volviendo a los versos, ¿os han agradado, mosén Nataniel?

NATANIEL.-En lo que afecta a la letra, admirables.

HOLOFERNES.-Yo ceno esta noche con el padre de uno de mis discípulos. Si os place venir antes de la comida a gratificar la mesa con un *benedicite*, yo me

aplicaré, en virtud de los privilegios que gozo con los padres del dicho niño o alumno mencionado, a declararos *ben venuto*. Y entonces os probaré que los tales versos son poco sabios y que carecen de todo sabor poético, de espíritu y de invención. Imploro, pues, vuestra compañía.

NATANIEL.-Acepto con mucho gusto, y os doy las gracias. Pues, como dicen los libros santos, la sociedad hace la felicidad de la vida.

HOLOFERNES.-Y no hay duda que los libros santos emiten con ello una conclusión infalible. (*A Dull.*) Amigo, os invito también. No me digáis que no: *pauca verba*. Partamos. Los gentileshombres están de caza; vayamos nosotros también a lo que nos agrada. (*Salen.*)

ESCENA III

En el parque

(Entra BEROWNE con un papel en la mano)

BEROWNE.-El Rey caza el ciervo; yo me cazo a mí mismo. Los cazadores tienden un lazo al animal; yo, me enligo en mi propio lazo. ¿Enligado? ¡No!, ¡sucia palabra!. ¡Ten calma, dolor! Un bobo ha dicho esto, yo lo digo también, luego yo soy un bobo. ¡Bien razonado, espíritu mío! ¡Pardiez!, este amor es tan insensato como el furor de Ajax; mata carnero, Y como yo soy un carnero, me mata. He aquí aún un buen razonamiento, a fe mía. No, yo no quiero amar; ahorcado sea si amo, Seguro que no quiero enamorarme. ¡Ah, pero sus miradas! Por la luz que me alumbra, que sin estas miradas, sin sus ojos, no

la amaría. Bien; no hago sino mentir y desmentirme. Cierto, cielo, que sí que estoy enamorado. Y ello es lo que me ha enseñado a rimar y a estar melancólico. He aquí una muestra de rimas y melancolía... (*suspira.*) Pero ella tiene ya uno de mis sonetos, el rústico se lo ha llevado: el bobo lo ha enviado, la dama lo ha recibido. Amable patán, bobo aún más amable, dama, ¡infinitamente amable! ¡Por el universo, que todo me tendría tan sin cuidado como un alfiler, de estar los otros tres cogidos como yo! Pero he aquí a uno de ellos que llega con un papel. ¡Dios le conceda la gracia de gemir! (*Berowne se sube a un árbol y al instante entra el Rey.*)

EL REY.-(*Gimiendo.*) ¡Ay!

BEROWNE.-(*A parte.*) ¡Cielos! ¡Está herido! Continúa, Cupido. ¡Le has herido con tu flecha de pájaro, bajo la tetilla izquierda! ¿Y secretitos también?

EL REY.-(*Leyendo.*)

A la rosa mojada por el blando rocío
no da un beso tan dulce el sol de la mañana
como el sol de tus ojos, ¡oh sin par soberana!
al fuego que a mi rostro sube del pecho mío.
Ni la luna de plata es tan resplandeciente
cuando del mar las olas ilumina y colora,

como tu rostro puro, que tanto me enamora.
 resplandece en las gotas de mi lágrima ardiente.
 Mi llanto, ¡pobre llanto!, de tu hermosura es carro
 que te transporta, erguida, sobre mi triste pena;
 contempla tan siquiera de mi llanto la vena
 y al gozar, con tu gloria triunfarás de mi barro.
 Tú, si de amar te libras, podrás eternamente
 mirar altiva el fardo que hoy inclina mi frente.
 ¡Oh reina de las reinas!, tu perfección es tanta
 que alabar no podría boca alguna que canta.

¿Cómo hacerla conocer mi pena? Voy a dejar caer
 este papel. Hojas amables, prestad vuestra sombra a
 mi locura... ¿Quién viene? *(Se oculta tras un matorral.*
Al punto entra Longaville leyendo un papel; lleva aún un se-
gundo papel en su sombrero y aún otro en su cinturón.) ¡Lon-
 gaville! ¡Y leyendo! ¡Escuchad, oídos!

BEROWNE.-*(A parte.)* ¡Aún un bobo a tu imagen y
 semejanza!

LONGAVILLE.-¡Ay! ¡Perjuro soy!

BEROWNE.-En efecto, llega con un perjuro, con el
 cartel por delante.

EL REY.-*(A parte.)* Espero que estará también ena-
 morado. Si es así ¡dulce camaradería en la misma
 vergüenza!

BEROWNE.-(*A parte.*) Nada más grato para un borracho que encontrar a otro borracho.

LONGAVILLE.-¿Seré yo el primer ser de este modo perjuro?

BEROWNE.-(*A parte.*) Yo podría tranquilizarte, que conozco otros dos en el mismo caso. Tú completas el triunvirato; el tricornio de nuestra sociedad; el triángulo de la horca de amor del que cuelga nuestra simpleza.

LONGAVILLE.-Temo que estos versos inhábiles no sean capaces de conmoverta. (*Leyendo.*) ¡Oh dulcísima María, emperatriz de mi amor! No, voy a romper estas estrofas y a escribirla en prosa. (*Rompe el papel.*)

BEROWNE.-(*A parte.*) Los versos son los flecos de los calzones de ese atolondrado de Cupido. No desluzcas sus bragas, hombre.

LONGAVILLE.-(*Sacando otro papel de su cinturón.*) Este poema hará lo necesario. (*Lee su soneto.*)

¿No ha sido de tus ojos la celeste elocuencia,
 contra la cual se estrella toda humana razón,
 la que ha vuelto perjuro mi pobre corazón?
 Luego, si fui traidor, bien merezco clemencia.
 A amores terrenales renunció mi conciencia,

pero no de una diosa a la ardiente pasión;
 juré, cierto, apartarme de la humana ocasión,
 mas siendo tú una diosa, gano toda indulgencia.
 Aire son juramentos y el aire soplo leve.
 pero tú, ¡sol radiante!, que sobre mí gravitas,
 secaste mi promesa. ¿Quién dudarle se atreve?
 Que nadie, pues, me culpe. Si faltó, caiga un velo.
 Calle toda censura. Hable sólo el que pruebe
 que es error ser perjuro, si por precio está el cielo.

BEROWNE.-¡He aquí de lo que es capaz, por pura
 idolatría la vena amorosa! ¡De transformar a una
 simple gansilla blanca en una diosa! ¡Dios nos en-
 miende! ¡Dios nos enmiende! Estamos, sí, muy lejos
 del camino recto.

LONGAVILLE.-¿Mediante quién la enviaría esto?
(Llega Dumaine, con un papel.) ¡Alguien llega! ¡Escapo!
(Se oculta.)

BEROWNE.-Todos jugamos al escondite, ¡viejo
 juego de niños! En cuanto a mí, aquí estoy, encara-
 mado en el cielo, como un semidiós, escrutando
 desde arriba los secretos de los pobres bobos de
 abajo. ¡Otro aún que viene a traer su trigo al moli-
 no! ¡Oh cielo, has colmado mis votos! ¡Dumaine

también transformado! ¡Cuatro pavos en la misma fuente!

DUMAINE.-¡Oh archidivino arcángel! ¡Catalina!

BEROWNE.-¡Oh archiprofano papanatas!

DUMAINE.-¡El cielo es testigo de que jamás ojos humanos vieron maravilla semejante a ti!

BEROWNE.-¡Testigo es la tierra de cómo mientes, amiguito!

DUMAINE.-¿Qué es el ámbar, el ámbar mismo junto a sus cabellos?

BEROWNE.-¡Bah!, se dice que hasta hay cuervos de color de ámbar.

DUMAINE.-¡Derecha como un cedro!

BEROWNE.-(*Siempre aparte.*) ¡Quita un poco, hombre, que a lo mejor es un poco cargada de espaldas!

DUMAINE.-¡Hermosa como el día!

BEROWNE.-Sí, como ciertos días en que el sol no brilla.

DUMAINE.-¡Qué no daría porque mis deseos se viesan cumplidos!

LONGAVILLE.-(*Aparte.*) ¡Y yo los míos!

EL REY.-¡Y los míos también, santo Dios!

BEROWNE.-¡Amén, con tal de que a los míos les ocurra otro tanto! ¿No es esto una buena plegaria?

DUMAINE.-¡Ay!, quisiera olvidarla; pero es como una fiebre que reina en mi sangre y que me obliga a recordarla.

BEROWNE.-¿Una fiebre que reina en tu sangre? ¡Pues entonces una buena sangría, y que corra hasta llenar una aljofaina! ¡Error delicioso!

DUMAINE.-Voy a releer una vez más lo que he escrito.

BEROWNE.-Veamos una vez más cómo el amor sabe variar de inspiración.

DUMAINE.-(*Leyendo sus versos.*)

Un día, Amor -¡Oh día infortunado!
 era de Mayo el tiempo delicado-;
 vio una rosa, de primavera boca,
 jugando alegre con la brisa loca.
 De su corola, el raso delicioso
 Céfito acariciaba presuroso,
 mientras el loco Amor, ardiendo en celo
 enviaba sus súplicas, al cielo:
 Brisa feliz, que robas su caricia,
 ¡cómo envidio que gustes tal delicia!
 Ella, ¡oh, rosa!, te envuelve y te embelesa,
 pues libre, no es esclava de promesa.
 ¡Promesa dura a un corazón amante,

joven, rendido Por pasión triunfante!
 Y, Pues, víctima es de tal apuro
 de perjurar, ¿sería tal perjuo?
 Júpiter mismo, por tu amor, ¡oh rosa!,
 negaría que Juno fuese hermosa.
 Y sólo por poder besar tu mano...
 ¡Su destino divino, haría humano!

Voy a enviarla estos versos, y aún algo de prosa, limpia y clara, que la exprese de un modo total el duro sufrimiento que me causa este amor tan hambriento y tan sincero. ¡Ah, si el Rey, Berowne y Longaville estuviesen enamorados como yo, su falta, sirviendo de ejemplo a la mía, borraría de mi frente toda huella de perjuo! Pues nadie cae en falta donde todos son víctimas de la misma debilidad.

LONGAVILLE.-(*Avanzando.*) Poco caritativo es tu amar, Dumaine, puesto que buscas compañeros que compartan tu pena. Sí, sí, puedes palidecer; pero yo enrojecería más bien de haber sido oído y sorprendido como tú lo eres.

EL REY.-(*Mostrándose.*) Pues puedes empezar ya a ponerte como una amapola, porque tu caso y el suyo son gemelos. Es decir, que amonestándole, redoblas

tus culpas. Seguro que tú no amas a María, ¿verdad? ¡Oh no! Longaville jamás ha compuesto sonetos en su honor. Ni apretó jamás los brazos contra su pecho para contener al enamorado corazón. Escondido tras este zarzal, a los dos os he espiado y hasta he enrojecido por vosotros. He oído, sí, vuestros versos culpables, he observado vuestros gestos, os he oído lanzar suspiros, he sido testigo de vuestros transportes amorosos. ¡Ay, suspirabais uno. Oh Júpiter!, lloraba el otro. Uno alababais los cabellos de oro de la amada; el otro, los ojos de cristal de la suya. (*A Longaville.*) Tú, dispuesto estabas, por tu belleza celeste a romper votos y promesas. (*A Dumaine.*) Tú afirmabas que, por tu bella, Júpiter rompería toda clase de juramento. ¿Qué dirá Berowne cuando sepa el ardor con que habéis denegado de lo prometido con tanto celo? ¡Cómo se burlará de vosotros! ¡Qué ingenio va a derrochar en despreciaros! ¡Qué triunfo para él! ¡Qué salios de alegría! ¡Qué risa de vuestra debilidad! ¡Por cuanto hay en el mundo no querría yo que supiese otro tanto de mí!

BEROWNE.-Pues a mí, el descender ahora para flagelar la hipocresía.- (*Baja del árbol.*) Mi amado señor y soberano, os ruego me perdonéis. En verdad, que no carecéis de gracia censurando a estos gusa-

nillos amorosos, vos... ¡el más enamorado de todos! ¿Acaso las lágrimas no ruedan desde vuestros ojos? ¿No son acaso espejos para que en ellos se contemple cierta princesa? ¿Ser perjuro vos, señor? ¡Oh no!, ¡sería cosa abominable! En cuanto a versos empresa es de trovadores, el rimar, no vuestra. Pero, ¿no sentís vergüenza; los tres, en verdad no os da vergüenza el veros descubiertos de este modo? Tú visto la paja en el ojo de Dumaine, el Rey la ha visto con el tuyo, yo, ¡una viga en la pupila de cada uno! ¡De veras que he sido testigo de un lindo espectáculo loco ¡Qué de lamentos! ¡Qué de súplicas! ¡Cuánto suspiro! ¡Con qué heroica paciencia, Dios es testigo he permanecido oculto contemplando a todo un rey transformado en mosquito, al poderoso Hércules haciendo bailar un peón, a Salomón sapientísimo canturreado una jiga; Néstor jugando al aro con los niños. Y Timón, el Censor, entreteniéndose con juguetillos! ¿Dónde tienes el mal, mi buen Dumaine? ¿Y tú el tuyo querido Longaville? ¿Y mi señor, el soberano? Los tres sufren del pecho... ¡A ver, pronto, un cordial!

EL REY.-Tu burla es demasiado amarga. ¿De veras tus ojos nos han traicionado de tal modo?

BEROWNE.-No sois vosotros los traicionados por mí, sino yo el traicionado por vosotros. Yo, que honrado lo prometido, yo, que tenía como pecado el romper el juramento que me ataba: yo, el defraudado por haberme asociado a hombres tan incapaces de constancia. ¿Es que me veréis a mí jamás escribir versos, suspirar por una Maritornes, o perder un minuto en emperifollarme? ¿Cuándo me oiréis alabar, me entendéis bien, una mano, un pie, un rostro, unos ojos, esta o aquella manera de andar, el porte, la garganta, el talle, una pierna o cualquier parte del cuerpo?

EL REY.-¡Espacio! ¿A qué ese galope? ¿Es un hombre honrado o un ladrón el que de tal modo corre?

BEROWNE.-Si de tal modo corro es por escapar al amor. Bello enamorado, dejadme partir. (*Entran Santiagueta y Costard. Santiagueta trae una carta en la mano.*)

SANTIAGUITA.- ¡Dios bendiga al Rey!

EL REY.-¿Qué noticias traes ahí?

COSTARD.-Seguramente una traición.

EL REY.-¿Qué viene a hacer aquí la traición ahora?

COSTARD.-Como hacer, nada viene a hacer, señor.

EL REY.-Si nada tiene que hacer o deshacer aquí, ni vosotros tampoco, podéis iros en paz.

SANTIAGUITA.-Yo suplico a Vuestra Gracia que haga leer esta carta, (*Se la ofrece.*) Nuestro cura la ha encontrado sospechosa. Es él quien ha dicho que era una traición.

EL REY.-Berowne, léelo. (*Berowne la coge.*) ¿A ti quién te la ha dado?

SANTIAGUITA.-Costard.

EL REY.-¿Y a ti?

COSTARD.-Don Adriano, don Adriano. (*Berowne rompe la carta.*)

EL REY.-¿Qué haces? ¿Por qué la rompes?

BEROWNE.-¡Bah!, señor! es una tontería. Una pura tontería. Que Vuestra Gracia no se inquiete por ello.

LONGAVILLE.-Esa carta, señor, la ha emocionado profundamente Debemos, pues, saber lo que dice..

DUMAINE.-(*Recogiendo los trocitos de papel.*) ¡La letra es de Berowne ¡Y aquí está su nombre!

BEROWNE.-(*A Costard.*) ¡Hijo de zorra!, ¡mula de collera!, ¡has nacido para avergonzarme! (*Al Rey.*) Soy culpable, señor, .culpable; lo confieso.

EL REY.-¿Y qué confiesas?

BEROWNE.-Que a los tres locos que sois, señor, faltaba el cuarto para hacer tute. Este, ése y vos, se-

ñor, más yo, somos salteadores de amor y merecemos la muerte. Despachad al auditorio y aún diré más cosas.

DUMAINE.-Henos, pues, ya, en número par.

BEROWNE.-Sí, sí, cuatro somos. Pero esos tórtolos, ¿se van o no?

EL REY.-(*Santiaguita y a Costard.*) Vosotros, fuera de aquí. ¡Largo!

COSTARD.-Vámonos, los honrados y dejemos solos a los perjuros. (*Salen enlazados como dos enamorados.*)

BEROWNE.-Queridos señores, tiernos amantes, ¡abracémonos! Lo mismo que el mar tiene su flujo y reflujo, que el cielo muestra su faz, así nuestra carne y nuestra sangre habla en nosotros. Sangre joven no obedece a viejo decreto. Imposible nos es cambiar nuestro modo de ser. He aquí por qué forzosamente teníamos que ser perjuros.

EL REY.-¡Hola! Esta carta, entonces, revelaba que tú también estás enamorado, ¿no?

BEROWNE.-¿Enamorado decís? ¿Pero quién podría ver a la celeste Rosalina sin quedar deslumbrado, como el indio rudo y salvaje cuando despierta la luz espléndida por Oriente? ¿Quién no doblaría la cabeza, cual rendido vasallo, y cegado, no inclinaría

el corazón, sumiso, hacia la tierra vil? ¿Quién tendría una mirada de águila tan arrogante como para atreverse a contemplar el cielo cara a cara sin quedar anonadado ante su majestad?

EL REY.-¿Qué celo, qué furia te inspira ahora? Mi bienamada, señora de la tuya, es la luna en toda su hermosura. La tuya, pues, un pálido satélite, apenas visible.

BEROWNE.-¿Es que mis ojos entonces ya no son ojos, ni yo Berowne? ¡Oh no, sin mi amor, noche sería el día!

Los más hermosos tonos, los más puros colores,
 en su suaves mejillas, rivalizan dichosos,
 vueltos, gracias a ella, ¡aún mucho más hermosos!
 y tornándolas lazos, prisión de mis amores.
 Los más ávidos pechos de cariño y dulzores
 serían a su lado, más que nunca dichosos.
 Lleguen del bien decir mil bardos presurosos
 a proclamar sus gracias, ¡envidia de las flores!
 Pero no, escapen, ¡huyan!, las retóricas vanas.
 Llegas, tú, ¡oh verdad pura!, a confesar sincera
 que un ermitaño al verla lloraría sus canas.
 Que ella, ¡juventud viva!, bastaría, certera,
 a hacer joven al viejo, nuevo lo que se arrumba,

¡a sacar fresco y sano a un muerto de su tumba!

EL REY.-Pero, ¡el cielo me valga!, si tu bienamada es negra como el ébano.

BEROWNE.-¿El ébano es como ella? ¡Madera divina entonces! ¿Qué felicidad comparable a una esposa de esta madera? ¡Que yo sepa quien puede aquí recibir un juramento! ¿Dónde está el libro santo para que yo pueda jurar por él que carece de hermosura la hermosura, si no toma luz de los ojos de Rosalina? Así como que no hay rostro bello de no estar tan ricamente adornado de negro como el suyo.

EL REY.-¡Extraña paradoja!, lo negro, emblema es del infierno, color de los calabozos, caperuza de la noche. La cimera de la hermosura, con su claridad, adorna el cielo.

BEROWNE.-Como mejor y más pronto seduce el diablo es disfrazándose de espíritu de luz. Si la frente de mi bella se adorna con trenzas negras, es por llevar duelo a causa de esos rostros pintados, y de esos cabellos engañosos, que encantan a los enamorados con sus artificios. Ella ha nacido para hacer centellear lo negro. Su tinte está cambiando la moda del día. Como artificial se empieza ya a consi-

derar el rojo sangre de la naturaleza, y las mejillas sonrosadas, temerosas de no agradar, pronto se pintarán de negro para imitar su tono moreno.

DUMAINE.-Por supuesto; por imitarla, negros son ya los deshollinadores.

LONGAVILLE.-Y desde que ella está en el mundo, los carboneros pasan por mozos guapos.

EL REY.-Como los etiópicos se alaban de su hermoso color.

DUMAINE.-¿Para qué las candelas, puesto que las tinieblas son luz?

BEROWNE.-En todo caso, vuestras amadas no se atreven a salir cuando llueve, temerosas de que sus colores se disuelvan.

EL REY.-Bien haría, en cambio, la tuya, aguantando el aguacero. Porque, hablando con franqueza, fácil sería encontrar una cara más clara que la suya en cualquiera de las que no se han lavado nunca.

BEROWNE.-Yo probaría que es la claridad misma, aunque para ello tuviese que estar perorando hasta el día del Juicio Final.

EL REY.-Este día no habrá diablo que te asuste tanto como ella.

DUMAINE.-Yo no vi jamás a hombre alguno conceder tanto precio a tan mala mercancía.

LONGAVILLE.-(*Quitándose un zapato*) Toma, aquí tienes a tu bella; mira mi zapato y verás su cara.

BEROWNE.-Habrían de estar las calles empedradas con tus ojos, y aún sus pies serían demasiado delicados para dejar en ellos su huella.

DUMAINE.-¡Quita allá! De pasearse así, la calle vería lo situado más arriba, como si ella estuviese en el aire.

EL REY.-¿A qué disputar?, ¿no estamos todos enamorados?

BEROWNE.-Nada más cierto. Y a causa de ello, perjuros.

EL REY.-Cese, pues, esta vana charla, y tú mi querido Berowne, aplícate a probar que nuestro amor es el legítimo y que no hemos violado nuestro juramentos.

DUMAINE.-Eso, eso, ¡diantre!, es lo que hace falta. Apresúrate a excusar nuestra falta.

LONGAVILLE.-Sí, un argumento que nos autorice a continuar; un artificio, un subterfugio que nos enseñe cómo engañar al diablo.

BEROWNE.-¡Oh!, más razones tenemos de las que necesitamos.

¡Atención, pues, combatientes, por amor! Considerad, ante todo, los juramentos que habéis prestado:

ayunar, estudiar no ver ninguna mujer. Es decir, traición, pura y simple, contra los derechos soberanos de la juventud. Porque, decidme, ¿podrías ayunar? Vuestros estómagos son demasiado jóvenes y la abstinencia engendra enfermedades. También, señores; habéis jurado estudiar, sin daros cuenta que al hacerlo, cada uno renegabais del más sagrado de vuestros libros. Pues, ¿podrías sin cesar meditar, reflexionar y examinar? Además, ¿cómo vos, señor, y tú, y tú lo mismo, hubierais podido hallar lo que constituye la base del estudio sin la ayuda de la hermosura de un rostro de mujer? De los ojos precisamente de las mujeres saco yo la doctrina siguiente: que ellas son el fundamento de todo saber, los libros, las academias de donde brota la verdadera llama de Prometeo. Sí, el estudio, llevado al exceso, ahoga en las arterias los ágiles espíritus, del mismo modo que el movimiento y la acción prolongados, agotan la energía nerviosa de un viajero. Así como que, prometiendo no mirar un rostro de mujer, renegabais del uso de vuestros ojos, y al mismo tiempo, la promesa de estudiar, base y principio de vuestro juramento. Porque, decidme, ¿qué autor en el mundo sería capaz de enseñarnos tanto sobre la belleza como los ojos de una mujer? La ciencia, en

realidad, no es para nosotros sino un accesorio, y allí donde estamos, ella con nosotros está. Luego, cuando nos miramos en los ojos de una mujer, ¿es que no vemos nuestra ciencia al mismo tiempo que nuestra imagen? Claro, que diréis que hemos jurado estudiar; pero, señores míos, al prestar juramento, ¿no renegábamos, en realidad, de nuestros libros? Porque vos, señor, y tú, y lo mismo tú, ¿cómo habríais podido encontrar en la fría meditación cadencias tan ardientes como esas con las que os han enriquecido los inspiradores ojos de las que os han enseñado, como verdaderas maestras que son en la ciencia de la belleza? Las otras ciencias, más inertes, permanecen confinadas en el cerebro, y no encontrando a causa de ello sino adeptos estériles, apenas consiguen mostrar el fruto de un pesado trabajo. Mientras que el amor, aprendido, ante todo, en los ojos de una mujer, no permanece solitario y claustrado en el cerebro, sino que, poniendo en agitación a todos los elementos, corre rápido como el pensamiento a través, sin dejar una, de las potencias de nuestro ser; y doblándolas y magnificándolas, las hace muy superiores y las eleva por sobre su misión y se oficio. Sin contar que añade a los ojos una vista preciosa. Los ojos de un enamo-

rado cegarían a un águila con su brillo; los oídos de un amante capaces son de advertir el más pequeño ruido, allí donde la oreja alerta de un ladrón no oye nada. El tacto del amor es más sensible, más delicado que los tiernos cuernos de un caracol. Tan refinado es el gusto del amor, que, junto a él, el goloso Baco es grosero. En cuanto a su valor, ¿no es el amor siempre un Hércules, dispuesto a trepar al árbol de las Hespérides? Sutil como la Esfinge, suave y melodioso como el laúd del brillante Apolo, cuyas cuerdas fuesen sus propios cabellos. Y cuando habla el amor, las voces de todos los dioses embriagan el cielo con su armonía. Jamás poeta alguno osó tomar la pluma sin que su tinta estuviese impregnada con los suspiros del amor. Pero entonces sus versos encantaban los oídos más groseros y llevaban al corazón de los tiranos la dulzura de la modestia. En cuanto a los ojos de las mujeres, de ellos saco la siguiente doctrina: que arden siempre con la verdadera llama de Prometeo; que son los libros, las artes, las academias que enseñan, contienen y nutren a todo el universo, y que sin ellos, nadie puede sobresalir en algo. Locos estabais pues, renegando, como lo hicisteis, de las mujeres; y de mantener vuestro juramento, locos seguiríais aún. En nombre,

pues, de la sabiduría, tan apreciada de los hombres; en nombre del amor, honor de los mortales; en nombre de los hombres, autores de las mujeres, y en nombre de las mujeres, que procrean a los hombres, reneguemos para siempre de nuestros juramentos, con objeto de volver a ser nosotros mismos; de no hacerlo y de mantener nuestra promesa, nos perderíamos para siempre, Perjurar de este modo es religión pura. La caridad, que ello representa, es la ley suprema, y, ¿quién podría separar la caridad del amor?

EL REY.-Invoquemos, pues, a San Cupido, y vosotros, soldados. ¡adelante!

BEROWNE.-Desplegad vuestros estandartes, señores, ¡y al enemigo! Entablemos combate, ¡y al suelo con ellas! Pero tened cuidado al cargar, de que el sol no os dé en plenos ojos.

LONGAVILLE.-Vengamos a lo que interesa dejándonos de metáforas. ¿Estamos resueltos a cortejar a esas hijas de Francia?

EL REY.-E incluso a conquistarlas. Pensemos, pues, qué fiestas y diversiones daremos en sus propias tiendas.

BEROWNE.-Por lo pronto, vayamos al parque, traigámoslas aquí, y de camino, coja cada uno la

mano de su amada. Después de comer nos divertiremos con entretenimientos improvisados. Porque diversiones, bailes, mascaradas, en una palabra, las horas alegres deben preceder al grato amor, sembrando su camino de flores.

EL REY.-En marcha entonces. No perdamos un minuto que podamos aprovechar.

BEROWNE.-Vamos, vamos, sí. Semilla de cizaña no permite cosechar trigo. La justicia retribuye nuestros actos según su mérito. Jóvenes ligeras pueden estar reservadas, como castigo, a los perjuros, De ocurrirnos así, no habríamos recibido como pago sino lo que merecemos (*Salen.*)

ACTO V

ESCENA PRIMERA

*(Entran HOLOFERNES, mosén NATANIEL y
DULL)*

HOLOFERNES.-*Satis quod sufficit.*

NATANIEL.-Doy gracias a Dios por haberos traído al mundo, caballero. Vuestros dichos, en la mesa, han sido agudos y sentenciosos; agradables, sin indecencia, espirituales, sin afectación; atrevidos, sin imprudencia; eruditos, sin pedantería; originales, sin herejía... He conversado en este *quondam* día con un compañero del Rey, que se intitula, se denomina o se llama, don Adriano de Armando.

HOLOFERNES.-*Novi homineni tanquam te.* Es un hombre de humor orgulloso, de verbo perentorio, lengua acerada, mirada arrogante, ademán imponente; aspecto, en general vanidoso, ridículo, pretencioso. Emperifollado en exceso, rozagante en demasía, afectado hasta la exageración, demasiado original, en cierto modo; añadiría, con gusto, exótico en exceso.

NATANIEL.-He aquí un epíteto singular y bien escogido. (*Saca un cuaderno de notas.*)

HOLOFERNES.-La hebra de su verbosidad es más finamente alargada que la trama de sus razonamientos. Yo aborrezco a estos fanáticos del refinamiento, a estos compañeros con los que no hay medio de entenderse por estar siempre sacando punta a las cosas. A estos verdugos de la ortografía, que pronuncian "constipado" en vez de "costipado" o "transladar" en vez de "trasladar". ¡Abominable! Tal modo de obrar me insinúa la insania: *Anne intelligis, domine?* Es como para volverse frenético, lunático.

NATANIEL.-*Laus Deo, bone intelligo.*

HOLOFERNES.-¿*Bone?* ¡bueno por bien! Prisciano sale un poco arañado. Pero, ¡bah!, no tiene importancia. (*Entran Moth, Armando y Costard.*)

NATANIEL.-*Videsme quis venit?*

HOLOFERNES.-*Video, et gaudeo.*

ARMANDO.- (*A Moth.*) ¡Tritón!

HOLOFERNES.-¿Quare tritón y no bribón?

ARMANDO-Gentes de paz, feliz de encontraros.

HOLOFERNES.-Militarísimo señor, nuestros saludos. (*Se saludan ceremoniosamente. Holofernes guarda su sombrero en la mano.*)

MOTH.-(*Aparte a Costard.*) Han ido a un festín de lenguas y han recogido las migas.

COSTARD.-(*A Moth.*) ¡Bah!, hace tiempo que viven de las palabras que se echan al cesto. Lo que me extraña es que tu amo, tomándote por una palabra, no te haya tragado ya, pues eres menos largo de una cabeza que un *honorificabilitudinitatibus*. De modo que podría tragarte con más facilidad que a un terrón de azúcar mojado en aguardiente.

MOTH.- ¡Silencio, que empieza el fuego!

ARMANDO.-(*A Holofernes.*) Caballero, ¿no sois letrado?

MOTH.-Por supuesto; enseña a los niños el alfabeto de cuerno. ¿Qué hacen la be y la e, ésta con un cuernecillo encima?

HOLOFERNES.-¡Bê, *pueritia!* con acento circunflejo.

MOTH.-¡Bah!, un acento circunflejo son dos cuernos. ¡Topa, carnero!

HOLOFERNES.-Quis, quis, ¿Con qué letra rimas?

MOTH.-Con la última de las cinco vocales si vos las repetís, o con la quinta si lo hago yo.

MOTH.-¡U!, ¡el carnero eres tú!

ARMANDO.-¡Por las olas saladas del Mediterráneo, qué botonazo más certero!, ¡lindo envite espiritual! Pin, paun y ¡pan!, ¡derecho al corazón! Esto regocija mi intelecto. ¡He aquí un magnífico dardo certero!

MOTH.-Lanzado por un niño a un viejo chocho.

HOLOFERNES.-¿Cuál es la figura retórica?, ¿cuál es la figura retórica?

MOTH.-¡Dos cuernos!

HOLOFERNES.-Razonas como un niño. Anda, vete a jugar al peón.

MOTH.-Prestadme vuestros cuernos para hacerme uno y haré bailar con gusto vuestra tontería *circum circa*. ¡Qué magníficos zuecos se harían con los cuernos de un cornudo!

COSTARD.-Habría de no tener sino un penique y te lo daría para que comprases pan de higos ... (*busca en su bolsillo.*) Toma, aquí tienes, precisamente la remuneración que he recibido de tu amo. Para ti, bol-

sita llena de ingenio, huevo de paloma lleno de agudeza. Si el cielo hubiese querido que fueras siquiera mi bastardo, ¡qué feliz papaíto hubieras hecho de mí! Anda, monín, que tienes espíritu *ad unculum*, hasta en las uñas, como suele decirse.

HOLOFERNES.-¡Ah!, olfateo un mal latín: *unculen* por *unguem*.

ARMANDO.-(*A Holofernes.*) Doctor en artes, *preambulate*. Distingámonos de los bárbaros. ¿No sois vos quien educáis a la juventud en la escuela gratuita que hay en la cima de la montaña?

HOLOFERNES.-¿Queréis decir, sin duda, de la *mons*, de la colina?

ARMANDO.-De la montaña, con vuestra graciosa complacencia.

HOLOFERNES.-Pues bien, sí, yo, no hay duda.

ARMANDO.-Entonces, caballero, sabed que el infinitamente gracioso placer y deseo del Rey es congratular a la Princesa, en su pabellón, allá en la parte posterior del día, que la grosera multitud llama tarde.

HOLOFERNES.-La parte posterior del día, nobilísimo señor, es una expresión adecuada, congruente y conmensurada para decir tarde. Es una apelación

bien vista, bien escogida, graciosa y enteramente apropiada, os lo aseguro, noble señor, asegúroslo.

ARMANDO.-Y yo a mi vez os aseguro, mi señor y amigo, que el Rey, mi íntimo, es un cumplido hidalgo. Pero dejemos a un lado esto de la gran intimidad que nos une. Nada de ceremonias entre nosotros, te lo ruego, cúbrete, te lo suplico (*Holofernes, agradecido se inclina y se cubre*), he aquí lo que suele decirme en medio de las más absorbentes conversaciones, de los propósitos más serios y de las cosas de mayor consecuencia-. Pero no hablemos, más de esto. Preciso es también que os diga que place, con frecuencia, a Su Majestad- ¡qué le hemos de hacer!, así es-, apoyarse sobre mi pobre hombro, y con su dedo real, acariciar y distraerse con mi excrecencia pilosa: queda citado mi bigote. Pero dejemos también esto aparte, mi muy entrañable amigo. Y, ¡por el triple diantre!, que no es una fábula esto que os cuento. Ha placido a Su Majestad, así es, conferir ciertos honores especiales a Armando, soldado y viajero que ha recorrido el mundo. Pero pasemos también. Y lo mejor de todo ello -pero secreto total. ¿eh?, carísimo amigo-, es que el Rey quisiera que ofreciese a la Princesa (¡paloma dulcísima!), algún espectáculo divertido; pantomima, mascarada, baile o fuegos ar-

tificiales. . . Ahora bien, habiendo sabido que el cura y vuestra encantadora persona sois insuperables en este género de erupciones, en estas súbitas explosiones de alegría, si así puedo decirlo, he venido a daros cuenta de ello, con objeto de implorar vuestro concurso.

HOLOFERNES.-Mi señor, representaréis delante de la Princesa *Los Nueve Valientes* (*Nataniel se junta a ellos a una seña de su amigo.*) Mosén Nataniel, trátase de un pasatiempo, de una exhibición que hay que celebrar ante la Princesa, cuando la parte posterior del día, por orden del Rey, y tras su demanda a este galantísimo, ilustre y sabio gentilhombre. Y yo digo, que no hay otro tan adecuado y conveniente como *Los Nueve Valientes*.

NATANIEL.-Pero, ¿dónde encontraréis hombres de valor y mérito suficiente como para representarle?

HOLOFERNES.-Vos mismo haréis de Josué. Yo..., y este galante gentilhombre, Judas Macabeo. Ese patán, a causa de sus piernas enormes, representará el papel del gran Pompeyo. Y el paje será Hércules.

ARMANDO.-Perdón, caballero, cometéis error. No tiene ni el volumen para representar el pulgar de

Hércules. Todo él no llega a ser ni como el extremo de su maza.

HOLOFERNES.-¿Queréis dignaros escucharme? Hará el papel de Hércules en su infancia. Cuanto tendrá que hacer será estrangular a la serpiente. Yo compondré un apólogo explicando la cosa.

MOTH.-¡Excelente idea! Así, si algún espectador me silba, podréis gritar: ¡Bravo, Hércules! ¡Ahora, ahora es cuando ahogas a la serpiente! He aquí la manera de volver graciosa una estupidez; claro que pocos saben hacerlo.

ARMANDO.-¿Y los demás valientes?

HOLOFERNES.-Yo mismo haré el papel de tres.

MOTH.-¡Oh valiente tres veces valeroso!

ARMANDO.-¿Os diría yo algo?

HOLOFERNES.-Escuchamos.

ARMANDO.-Caso de que esto no resultase, echaríamos mano de una pantomima. (*Le coge por el brazo y dice a los otros:*) Seguidme, os lo ruego.

HOLOFERNES.-*Via*, marchemos. Pero, excelente Dull, tú no has dicho aún en todo este tiempo ni una sola palabra.

DULL.-Es que, mi señor, tampoco he entendido ni una sola palabra de cuanto habéis dicho.

HOLOFERNES.-Entonces te emplearemos a ti también.

DULL.-Yo puedo figurar en un baile o en cosa semejante. Puedo también tocar el tambor para los valientes y hacerles bailar algo movido.

HOLOFERNES.-¡Bravo, Dull!, ¡Honradísimo Dull! Pronto, vayamos a ocuparnos de nuestro espectáculo. (*Salen.*)

ESCENA II

En el parque ante el pabellón de la princesa

(La PRINCESA, ROSALINA, CATALINA y
MARIA, *salen del pabellón*)

LA PRINCESA.-Corazones míos, antes de marchar seremos ricas si los regalos continúan lloviendo. Yo voy a ser una dama almenada de diamantes. Y ved lo que he recibido de mi real enamorado.

ROSALINA.-Y con ello, ¿no había algo más, Señora?

LA PRINCESA.-¿Algo más? ¡Ya lo creo! Tanto amor rimado como puede contener una hoja de papel escrita por los dos lados, márgenes y todo. Más un sello con el nombre de Cupido.

ROSALINA.-Medio el mejor para dar importancia al pequeño dios, que desde hace cinco mil años era tratado como un niño.

CATALINA.-Y como niño perverso digno de ser ahorcado.

ROSALINA.-Tú y él no seréis nunca buenos amigos, puesto que ha matado a tu hermana.

CATALINA.-La. volvió melancólica, triste, taciturna... y la pobre murió. Si hubiese sido como tú, ligera, de genio alegre, cambiante y loca, hubiera podido llegar a abuela antes de morir. Que es lo que a ti te sucederá; corazón ligero, vida larga.

ROSALINA.-¿Qué sentido tenebroso, ratoncito querido, das a la palabra ligero?

CATALINA.-Quiero decir, simplemente, que no obstante tu tinte sombrío tu humor es claro.

ROSALINA.-Necesitamos más luz para saber lo que quieres decir.

CATALINA.-¿Es que quieres que te tenga la vela? Prefiero dejar mi pensamiento en la sombra.

ROSALINA.-Cierto que cuanto haces lo haces siempre en la oscuridad.

CATALINA.-No como tú, en todo caso, que siempre se te ve obrar con diáfana ligereza.

ROSALINA.-Por supuesto, no siendo, tan pesada como tú, ligera es forzoso que te parezca.

CATALINA.-No hay duda que menos pesada que yo; como que en ti no hay nada de peso.

ROSALINA.-Bueno. Cuando quiera pesar más ya me prestarás un poco de tu sobrada tontería.

PRINCESA.-¡Bien lanzada la pelota, por una y otra parte! Torneo de agudezas bien llevado. Pero dime, Rosalina, ¿no tienes tú también un regalo? ¿Quién te lo ha enviado y qué es?

ROSALINA.-Vais a saberlo. De haber sido mi cara tan hermosa como la vuestra, no por ello hubiera sido mejor tratada. He aquí la prueba. (*Muestra su regalo.*) Y ni que decir tiene, que también he recibido versos, por los que doy las gracias a Berowne. La medida es perfecta, justa. De serlo tanto las alabanzas que en ellos me dirige, sería yo la diosa más bella de la tierra. Soy igualada en ellos a veinte mil mujeres hermosas, ¡Oh!, ¡me hace un verdadero retrato!

PRINCESA.-Pero, ¿tiene parecido?

ROSALINA.-En las palabras, sí; en las alabanzas, no.

PRINCESA.-Si te dice que eres hermosa como la tinta, nada más justo.

CATALINA.-Hermosa como esa C mayúscula impresa en negro al principio de la palabra cuaderno.

ROSALINA.-¡Bah!, no te preocupes de los colores. Pero devolviéndote la galantería, te diré que en ti nada de letras negras, mi reja dominical, mi letrita de oro. ¡Lástima que tengas la cara tan impresa por las oes enormes de los lindos granitos que la llenan!

CATALINA.-¡Que la viruela te devuelva la broma!

PRINCESA.-¡Embrujadas sean las brujas! Pero vamos, a ver, ¿qué te ha enviado a ti el hermoso Dumaine?

CATALINA.-Este guante, Señora.

PRINCESA.-¿No te ha, enviado el otro?

CATALINA.-Por supuesto, Señora. Y con ellos un millar de versos como pudiera escribirlos un amante fiel; interminable compilación de hipócritas falsedades y de tonto candor afectado.

MARÍA.-Yo he recibido esta carta y este collar de perlas de Longaville. En cuanto a la carta, media milla más tiene, por lo menos, de lo que debería tener.

PRINCESA.-Pienso como tú. ¿Verdad que hubieses deseado con todo tu corazón que el collar fuese más largo y la carta más corta?

MARIA.-Sí; aunque tuviese que tener las manos juntas siempre.

PRINCESA.-¡Qué muchachas tan avisadas somos, burlándonos de este modo de nuestros enamorados!

ROSALINA.-En cuanto a ellos, ¡tontos son comprando a tan elevado precio nuestras burlas! Por supuesto, a Berowne le torturaré bien antes de partir. De estar segura que le tenía en mis redes, ¡cómo le haría que me mimase, que suplicase, que mendigase! Que esperase el momento oportuno, que contase los minutos, que se gastase en rimas inútiles rebosantes de sutilezas. ¡Cómo le pondría, en fin, al servicio de mis fantasías!, ¡cómo le haría sentirse orgulloso de inclinarse ante mis desdenes y de soportar mis burlas! Me gustaría, sí, dominarle de tal modo que no fuese en mis manos sino un juguete y yo para él ¡su destino!

PRINCESA.-Nadie, son mejor cogidos, una vez cogidos, que los que se creen espirituales y sabios, cuando han sido enloquecidos. La locura que brota entre la sabiduría, tiene toda la autoridad de ésta, todos los recursos de la instrucción e incluso la gracia de lo espiritual, para embellecer con todo ello su desvarío sabio.

ROSALINA.-La sangre de la juventud arde con menos fuerza que la gravedad, cuando ésta se desencadena extravagante y se echa a retozar.

MARIA.-La locura de los verdaderos locos es menos estrepitosa que la tontería de los sabios cuando su espíritu sobrepuja la medida. Porque entonces, este espíritu se esfuerza por todos los medios en demostrar que es capaz de las mayores necesidades.

(Entra Boyet.)

PRINCESA.-Aquí llega Boyet. Leo la alegría en su cara.

BOYET.-¡Me ahoga la risa! ¿Dónde está Su Gracia?

PRINCESA.-¿Qué noticias traes, Boyet?

BOYET.-¡Preparaos, Señora, preparaos! En cuanto a vosotras, hijas mías, ¡listas para el combate! Ha sido organizada una expedición contra vuestra tranquilidad. Amor se acerca disfrazado y enalbardado de argumentos. ¡Ojo con dejarse sorprender! Haced llamada a todo vuestro ingenio, teneos sobre la defensiva; o bien, volved la cara, como los cobardes, y escapad de aquí.

PRINCESA.-¡San Dionisio contra San Cupido! ¡Quiénes son los que vienen contra nosotras dispuestos a asaltarnos con sus palabras? Habla, gastador. Habla.

BOYET.-Disponíame a cerrar los ojos durante media hora a la fresca sombra de un sicomoro, cuando de pronto y en el preciso momento para frustrar el descanso que proyectaba, veo venir al Rey y a sus compañeros. Desliceme entonces sigilosamente en una espesura próxima, y oí lo que vais a escuchar, es decir, que dentro de poco llegarán aquí disfrazados. Su heraldo será un gracioso mozalbete, paje avisado, al que han hecho aprender de memoria el mensaje de que debe ser portador. Gestos, palabras, todo se lo han enseñado: He aquí cómo hablarás , he aquí cómo te presentarás . A veces les inquietaba el recelo de que vuestra majestuosa presencia le hiciera hacerse un taco. El Rey le decía: Te encontrarás ante un ángel; pero no te acobardes y habla sin miedo. - Un ángel no es malo -respondía el paje-, tendría miedo si en vez de un ángel fuese un diablo. Oyendo esto, todo fueron carcajadas y golpearle amistosamente la espalda, escuchando los elogios, al ya avisado muchacho. Uno se frotaba el codo, de esta manera, desternillándose, y jurando que jamás había oído respuesta más oportuna. Otro hacía castañear su índice contra el pulgar, exclamando: ¡Magnífico!, haremos la que nos proponemos, ocurra lo que ocurra. El tercero, saltando

como un corzo, gritaba: ¡De primera! . El cuarto, al tratar de hacer una pirueta sobre la punta de los pies, rodó por el suelo. ¡Y al suelo fueron todos, tan llenos de risa, que las lágrimas, mensajeras solemnes del dolor, acabaron por llenar sus ojos, calmando con ello su ridícula alegría!

PRINCESA.-Pero veamos, ¿es que van a venir a hacernos una visita?

BOYET.-Por supuesto, que vienen. Y disfrazados, si no me equivoco, de moscovitas o de rusos. Y su intención es charlar, galantear y bailar. Cada uno, además, hará su declaración de amor a su escogida; a la que reconocerá, decían, por los regalos que la han hecho.

PRINCESA.-¿De veras? ¡Pues vamos a poner a prueba a esos galanteadores! ¿Me oís? Es preciso que también nos enmascaremos nosotras y que ninguno de ellos, aunque se deshaga en ruegos, obtenga la gracia de vernos la cara. Toma, Rosalina, tú llevarás esta joya, con lo que el Rey te hará la corte creyéndose tu bienamada. Tómala y dame la tuya, con objeto de que Berowne me tome a mí por Rosalina. (*A Catalina y a María.*) Y vosotras lo mismo: cambiad vuestros regalos para que vuestros enamorados,

engañados por el trueque, hagan el amor enteramente de través también.

ROSALINA.-Sí, sí, y pongamos sus regalos bien a la vista.

CATALINA.-Pero, ¿por qué estos cambios?, ¿qué pretendéis con ello?

PRINCESA.-Mi propósito no es sino estropear el suyo. Como buscan divertirse a costa nuestra, cuanto me propongo es devolverles burla por burla. Cada uno descubrirá el secreto de su corazón a la que creará su bienamada, y con ello nosotras seremos quienes podremos burlarnos de ellos al volvernos a encontrar a cara descubierta.

ROSALINA.-Y si nos invitan a bailar, ¿lo haremos?

PRINCESA.-¡No!, antes morir que mover un pie. Ni les daremos las gracias, luego que nos hayan soltado sus preparados discursos. Es más, mientras hablen volvámosles la espalda.

BOYET.-Pues entonces, el orador quedará desconcertado y hasta la memoria de lo que tenga que decir perderá.

PRINCESA.-Que es precisamente lo que quiero. Segura estoy, naturalmente, que una vez perdido el hilo, imposible le será acabar. Nada más divertido que confundir una broma mediante otra broma. Sus

risas de antes serán entonces nuestras y las nuestras para nosotras solas; con lo que deshecha la farsa que proyectaban, quedaremos dueñas de la plaza, mientras que ellos, burlados como se merecen, escapanán llevándose su vergüenza. *(Se oye ruido de trompetas.)*

BOYET.- ¡La trompeta suena! ¡Enmascaraos! He aquí los antifaces. *(Las damas se ponen los antifaces. Entran varios negros tocando instrumentos de música, el paje, con su discurso y los señores disfrazados de rusos y enmascarados.)*

MOTH.- A las más resplandecientes hermosuras de la tierra, ¡salud!

BOYET.- Hermosuras menos resplandecientes que los tafetanes de sus antifaces.

MOTH.- ¡Divino ramillete de hermosísimas damas *(las damas le vuelven la espalda)*, que volvió la espalda hacia los mortales!

BEROWNE.- ¡Los ojos, idiota, los ojos!

MOTH.- Que volvió jamás los ojos hacia los mortales. Hacednos la gracia...

BOYET.- La gracia, sí; ¿qué más?

MOTH.- ...hacednos la gracia, celestes espíritus, de dejar de contemplar...

MOTH.- De dejarnos contemplar en vuestros ojos, en vuestros ojos radiantes...

BOYET.-Como ves, no aprecian mucho el epíteto. Yo que tú, diría despeluznantes , a ver qué pasaba.

MOTH.-Es que no me escuchan y pierdo el hilo.

BEROWNE.-¿Era esta tu seguridad? ¡Largo de aquí, bribón! (*Moth desaparece.*)

ROSALINA. (*Volviéndose.*). -¿Qué quieren estos extranjeros? Trata de conocer sus intenciones, Boyet. Es nuestra voluntad que uno de ellos nos exponga claramente lo que desean, si en todo caso hablan nuestra lengua. Pregúntales qué quieren.

BOYET.-¿Qué queréis de la princesa?

BEROWNE.-Nada, a no ser paz y una cordial entrevista.

ROSALINA.-¿Qué dicen que quieren?

BOYET.-Nada sino paz y una cordial entrevista.

ROSALINA.-Pues bien, tengan lo que desean. Tras ello díles que se vayan.

BOYET.-Dice que ya tenéis lo que deseáis y que podéis marcharos.

EL REY.-Dilas que hemos hecho muchas leguas tan sólo por poder bailar con ellas sobre este césped.

BOYET.-Dicen que han hecho muchas leguas tan sólo para bailar con vosotras, señoras, sobre este césped.

ROSALINA.-¡No es cierto! Pregúntales cuantas pulgadas tiene una legua. De haber recorrido miles de ellas, con facilidad podrán decir la medida de una.

BOYET.-Si por venir hasta aquí habéis recorrido leguas, miles de leguas, la princesa pregunta y os ordena decir cuántas pulgadas tiene una legua.

BEROWNE.-Di a la princesa que lo que ha medido las leguas ha sido la fatiga de nuestros pasos. (*Las damas se acercan.*)

BOYET.-La princesa os escucha.

ROSALINA.-Puesto que habéis sufrido la fatiga de recorrer millares de leguas, decidnos cuántos pasos tiene cada una.

BEROWNE.-Jamás se nos ocurrió tener en cuenta nada de cuanto por vosotras, señoras, nos costó llegar hasta aquí. Nuestra deuda hacia vos es tan cuantiosa, tan infinita, que podemos siempre obrar sin contar. Dignaos mostrarnos el sol de vuestras caras, para que, cual si fuésemos salvajes, podamos adorarle.

ROSALINA.-Mi cara no es sino una luna. Es, incluso, una luna llena de celajes.

EL REY.-¡Dichosos celajes que tal suerte alcanzan! Dignaos, resplandeciente luna, y lo mismo vosotras,

estrellas, quitar celajes y nubes y lucir con todo esplendor ante nuestros ojos humedecidos.

ROSALINA.- ¡Vana petición! Implorad algo que valga la pena, pues poco es solicitar, cual solicitáis, el reflejo de la luna en el agua.

EL REY.-Entonces, concedednos al menos unos pasos de baile. Puesto que me decís que pida, no creo pedir, pidiendo esto, nada extraño.

ROSALINA.-¿Oís, músicos? ¡Tocad! (*La música empieza a sonar mientras afinan los instrumentos.*) ¡Pero daos prisa! ¡Cómo! ¿Aún no estáis listos? ¡Se acabó entonces el baile! Ya lo veis: luna soy y como ella cambio.

EL REY.-¿Que no queréis bailar? ¿Por qué ahora este capricho?

ROSALINA.-Hace un instante la luna estaba llena; ahora ha habido cambio. (*Los músicos empiezan a tocar al fin.*)

EL REY.-No por ello dejáis de ser luna, ni yo el caballero de la luna. Y puesto que la música suena, dignaos seguirla.

ROSALINA.-Nuestros oídos lo hacen.

EL REY.-Pero son vuestras piernas las que deben hacerlo.

ROSALINA.-Puesto que sois extranjeros venidos aquí de casualidad, no nos haremos rogar. Dadnos la mano... Vamos... a no bailar.

EL REY.-¿Para qué entonces darnos la mano?

ROSALINA.-Para despedirnos como buenos amigos. (*Dirigiéndose a las damas.*) Ahora, una reverencia, queridas mías, y el paso acabado. (*Las cuatro se inclinan.*)

EL REY.-Medid con más largueza el paso; no os hagáis rogar tanto.

ROSALINA.-No podemos conceder más por el precio.

EL REY.-Tenéis sino decir en cuanto os estimáis. ¿A qué precio se compra vuestra compañía?

ROSALINA.-No caro: al de vuestra ausencia.

EL REY.-Eso no es posible.

ROSALINA.-Entonces no podemos ser compradas. Esto dicho, adiós. Dos veces adiós: dos veces adiós a vuestra máscara y la mitad de una a vuestra persona.

EL REY.-Si os negáis a bailar, conversemos siquiera unos instantes.

ROSALINA.-¿A solas tal vez queréis decir?

EL REY. -Mucho más encantado entonces. (*Se alejan.*)

BEROWNE. (*A la princesa.*)-Señora de las blancas manos, cuanto pido de ti es un poco de dulzura.

PRINCESA.-Miel, leche y azúcar ofrezco tres.

BEROWNE.-Puesto que os volvéis tan amable, doblemos la trilogía: hidromiel, hipocrás y malvasía. Seis, hasta en los dados sería un punto magnífico. He aquí, pues, media docena de dulzuras.

PRINCESA.-Adiós, a vos la séptima. Puesto que hasta con los dados seríais capaz de hacer trampa, no seré yo quien juegue más con Vos.

BEROWNE.-¿Y una palabrita en secreto?

PRINCESA.-Bien, con tal de que no sea también dulce.

BEROWNE.-Has dado donde duele.

PRINCESA.-¿Dolor? Amargo, entonces.

BEROWNE.-Entonces de acuerdo (*Se alejan.*)

DUMAINE (*A María.*)-¿Os dignaríais cambiar algunas palabras conmigo?

MARIA.-Ya escucho.

DUMAINE.-Hermosa señora...

MARIA.-¿Son estas vuestras palabras? Pues las de la hermosa señora son: Hermoso señor...

DUMAINE.-Por favor, una sola palabra, pero a solas. Luego, os diré adiós. (*Se alejan asimismo.*)

CATALINA. (*A Longaville.*)-¿Es que vuestra careta no tiene lengua?

LONGAVILLE.-Conozco la razón, señora, que os mueve a hacer esta pregunta.

CATALINA.-Pues decidla pronto, porque estoy en ascuas.

LONGAVILLE.-Que tenéis una lengua doble bajo vuestro antifaz y que querríais dar la mitad a mi pobre disfraz nudo.

CATALINA.- ¡Excelente, a fe mía! Yo, en vuestro apellido doble, Longaville, veo una lengua de ternero.

LONGAVILLE.-¿De ternero, hermosa señora?

CATALINA.-Sí, una vulgar lengua de ternero.

LONGAVILLE.-Partamos entonces la palabra en dos.

CATALINA.-No, yo no quiero ser vuestra mitad; guardad el ternero enterito para vos y destetadle; tal vez pudiera, sólo por burlaros, llegar a hacerse un buey.

LONGAVILLE.-Os desgarráis vos misma con vuestra hiriente burla. ¿Es que queréis ponerme cuernos, casta señora? No hagáis tal cosa.

CATALINA.-No tenéis sino hacer morir a vuestro ternero antes de que le apunten las astas.

LONGAVILLE.-Concededme en particular una palabra antes de que muera.

CATALINA.-Berread bajito entonces, no sea que el carnicero os oiga. *(Se alejan.)*

BOYET.-La lengua de las mujeres burlonas es tan afilada como el corte invisible de una navaja de afeitar, capaz de cortar cabellos no menos invisibles. Tan ágil es su charla, que escapa a la percepción de los sentidos. Los dardos de su espíritu tienen alas más rápidas que flechas, que alas de fusil, que el viento, que el pensamiento y que las cosas más rápidas.

ROSALINA. *(Bruscamente.)*-Ni una palabra más, hijas mías. Rompamos la charla, rompamos la charla. *(Todas las damas se separan de sus caballeros y entran en su pabellón.)*

BEROWNE.-Henos aquí, ¡por el cielo!, bien zaran-deados y aún mejor burlados.

EL REY.-Adiós, locas doncellas. Estrecho tenéis el espíritu. *(El Rey, sus amigos y los músicos se van. Las damas vuelven.)*

PRINCESA.-Mil veces adiós, moscovitas helados. ¿Era ésta la pléyade de espíritus tan admirados?

BOYET.-¡Magníficas antorchas! Ha bastado soplar un poco para apagarlas.

ROSALINA.-¡Oh espíritus hinchados! ¡Gordos!
¡Cebados!

PRINCESA.-¡Oh miseria de espíritu!, digo yo. ¡Oh broma real aún más mísera! ¿No os parece que esta noche van a ahorcarse? El tal insolente Berowne estaba completamente desconcertado.

ROSALINA.-¿El sólo? Todos estaban en un estado lamentable. Por una palabra amable hubiera llorado el Rey.

PRINCESA.-Berowne, faltó ya de súplicas, deshacíase en juramentos.

MARIA.-Dumaine poníase a mi servicio espada y todo. ¡Envainda! le he dicho, y ello ha bastado para que quedase mudo.

CATALINA.-Mi señor, Longaville, me ha asegurado que le oprimía el corazón. ¿Y sabéis cómo me ha llamado?

PRINCESA.-Síncope, sin duda.

CATALINA.-¡ Exactamente!

PRINCESA.-¡Bien ido!, enfermedad fatal.

ROSALINA.-De veras que se hallarían espíritus mejores bajo simples gorros de aprendices por ahí. Claro que he de decir que el Rey es mi amor más rendido.

PRINCESA.-El ardiente Berowne por su fe me ha jurado su pasión.

CATALINA.-A creer a Longaville, ha nacido para servirme.

MARIA.-Dumaine es más mío que corteza a árbol.

BOYET.-Señora, y vosotras; lindas criaturas, escuchadme. Dentro de poco estarán aquí tal como son, pues imposible que digieran tan cruel humillación.

PRINCESA.-¿Qué van a volver?

BOYET.-Volverán, ¡no han de volver! Y aun saltando de gozo, bien que cojos a causa de los golpes recibidos. Por consiguiente, quitaos los antifaces, cambiad los regalos y descogeos como dulces rosas al soplo del verano.

PRINCESA.-¿Qué quieres decir con esto de que nos descojamos? Habla claro.

BOYET.-Damas hermosas enmascaradas son rosas en capullo; desenmascaradas y sus suaves colores a la luz del día, tórnanse ángeles despojados de sus velos, rosas ya abiertas.

PRINCESA.- ¡Al diablo tanto circunloquio! ¿Qué debemos hacer si vuelven a hacernos la corte en su aspecto natural?

ROSALINA.-Excelente señora, si queréis escuchar mi consejo, burlémonos de ellos con la cara des-

cubierta, cual lo hemos hecho con ella tapada. Quejémonos de unos locos disfrazados de moscovitas con trajes extraños que han venido; digámosles que nos preguntamos quiénes pueden ser y con qué motivo nos han ofrecido aquí, junto a nuestra tienda su tonto espectáculo, su prólogo tan mal pergeñado y sus maneras ridículas y grotescas.

BOYET.-Retiraos, señoras, que los galanes se acercan.

PRINCESA.-Corramos a nuestra tienda como ciervas que huyen a través del campo. *(Salen por un lado, mientras por el otro entran el Rey, Berowne, Longaville y Dumaine vestidos como de costumbre.)*

EL REY.-Amable caballero, Dios os guarde: ¿dónde está la Princesa?

BOYET.-Ha ido a su tienda. ¿Le place a vuestra majestad confiarme algún mensaje para ella?

EL REY.-Sí, decidla que se digne concederme una breve audiencia.

BOYET.-Nada puede serme más grato, señor. Como sé también que su alteza consentirá feliz. *(Sale.)*

BEROWNE.-Este individuo picotea el espíritu como un pichón los granos y desembucha cuando Dios quiere. Vendedor ambulante de ingenio, detalla su mercancía en las veladas, en las francachelas,

en las reuniones, en los mercados y en las ferias. Mientras que nosotros, que vendemos al por mayor, incapaces somos, ¡Dios es testigo!, de hacernos valer con el arte que él. Es un galán experto en seducir doncellas. De haber sido Adán, él hubiera sido quien hubiese tentado a Eva. Sabe ofrecer el brazo, hablar apenas con los labios, besar su propia mano en señal de cortesía. Es el mono del protocolo, el señor delicado, el precioso que si juega al trictrac se enfada con los dados sin descomponerse. Sin contar que tiene una deliciosa voz de tenor y que como maestro de ceremonias da ciento y raya al más pintado. Las damas le llaman querido, los escalones le besan los pies cuando los pisa. Es una flor que sonríe a todo el mundo para mostrar sus dientes blancos como huesos de ballena. Hasta las conciencias que no quieren morir dejando deudas le pagan lo que le deben, llamándole Boyet el de la meliflua lengua.

EL REY.-Lástima, ¡por Cristo!, de una ampolla en esta dulce lengua que ha hecho un taco al paje de Armando. *(Sale la Princesa, precedida de Boyet, y luego las otras damas, sin antifaz y llevando sus regalos respectivos.)*

BEROWNE.-¡Vedle cómo llega! Buenas formas, ¿qué erais antes de que este hombre os diese valor y qué sois ahora?

EL REY. (*A la Princesa.*)-Hermosa señora, que el ciclo haga llover sobre vos toda suerte de bendiciones y os conceda un buen día.

PRINCESA.-Buen día, y la lluvia, difícil me parece.

EL REY.-Interpretad mis palabras como es debido, os lo ruego.

PRINCESA.-Enunciad mejor vuestros deseos, os lo autorizo.

EL REY.-Hemos venido a visitaros con objeto de conducirnos a nuestra corte; dignaos consentir en ello.

PRINCESA.-Estos campos me guardarán. En cuanto a vos, guardad asimismo vuestra promesa. Ni Dios ni yo gustamos de los hombres perjuros.

EL REY.-No me reprochéis lo que vos misma habéis causado. La virtud de vuestros ojos ha sido la que ha roto mis juramentos.

PRINCESA.-Invocáis en falso la virtud; de vicio es de lo que deberíais hablar. El oficio de la virtud jamás consiste en empujar a los hombres a romper su fe. Y ahora, por mi honor de doncella, que es aún tan puro como la inmaculada azucena, afirmo, aun-

que por hacerlo tuviese que sufrir todos los tormentos del mundo, que no consentiré en ser huésped en vuestro palacio, de tal modo me repugna hacer romper votos pronunciados de buena fe y con entera libertad.

EL REY.-Señora, habéis vivido aquí, en la soledad, sin que nadie viniese a visitaros, y esto es lo que nos avergüenza.

PRINCESA.-No, majestad, en modo alguno; os lo aseguro. Hemos tenido pasatiempos y distracciones divertidísimas. Precisamente, hace apenas un instante, cuatro rusos, por ejemplo, acaban de dejarnos.

EL REY.-¿Rusos decís, señora?

PRINCESA.-Rusos digo, majestad. Por cierto, que llenos de amable galantería. Sumamente bien vestidos y de buen ver.

ROSALINA.-Mejor decir la verdad, señora. La cosa no ha sido así, majestad... Mi señora, siguiendo la moda del día, les concede por pura cortesía alabanzas que no merecen. La verdad es que las cuatro hemos sido acometidas por cuatro personajes vestidos de rusos. Una hora han estado aquí diciendo cuanto les venía a la boca, y durante todo este tiempo ni una sola palabra agradable hemos oído de

ellos. No me atrevo a calificarles de tontos, pero sí sé que cuando tienen sed, tontos hay que querrían a todo trance beber.

BEROWNE.-A mí esta broma, amabilísima criatura, me deja la garganta seca. Paréceme que es vuestro propio espíritu el que hace de los sabios, tontos. Cuando con los ojos más penetrantes del mundo miramos de frente al inflamado ojo del cielo, el exceso de luz, precisamente, nos hace perder la luz. Así, vuestra capacidad es de tal naturaleza, que, ante tan inmenso tesoro, la sabiduría parece tontería y la riqueza, pobreza.

ROSALINA.-Lo que prueba que sois rico y sabio; pues, a mis ojos...

BEROWNE.-Yo no soy sino un tonto, un pobre tonto.

ROSALINA.-De no ser para tomar lo que me pertenece, diría que no está bien quitarme de este modo la palabra de la boca.

BEROWNE.-¡Oh, vuestro soy así como cuanto poseo!

ROSALINA.-¿Mío el tonto por entero?

BEROWNE.-No puedo daros menos.

ROSALINA.-¿Cuál era el disfraz que llevabais?

BEROWNE.-¿Dónde?, ¿cuándo?, ¿qué disfraz?
¿Por qué esta pregunta?

ROSALINA.- Aquí, hace un instante. El disfraz engañoso que ocultaba la cara peor para mostrar la mejor.

EL REY.- Nos han reconocido. Se van a burlar de nosotros a más y mejor.

DUMAINE.- Confesemos y echemos la cosa a broma.

PRINCESA.- Diríase que estáis todo sofocado, Señor. ¿Por qué tiene Vuestra Majestad este aspecto tan turbado?

ROSALINA.- ¡Socorro! ¡Sostenedle, pronto, que va a desfallecer! ¿Qué os pone tan pálido? Sin duda, es cosa del mareo. ¡Claro que cuando se viene de Moscú. ...!

BEROWNE.-He aquí cómo los astros vuelcan las calamidades sobre los perjuros. ¿Habrá una frente de bronce capaz de resistir más tiempo? Aquí estoy ante vos, señora. Aplastadme con vuestro desdén. Anonadadme a fuerza de sarcasmos. Perforad mi ignorancia con vuestro cortante espíritu. Desmenuzadme con vuestros hachazos más certeros. Por nada del mundo, ¡no!, volvería a rogaros que bailaseis, ni a rendiros homenaje disfrazado de ruso. Nunca

más volveré, a firmar en versos escritos de antemano, ni en palabras dignas tan sólo de un escolar. Ni volveré, bajo un disfraz, a ver a mi señora, ni la celebraré más en rimas semejantes a la canción de un menestral ciego. Frases de tafetán, palabras de refinada seda, hipérboles de raído terciopelo, afectación rebuscada, retórica pedante; todas estas moscas de verano me han llenado hasta ponerme como un globo, tontamente hinchado de aire. Las repudio y hago promesa formal por ese guante blanco -¡en qué modo es blanca la mano Dios sólo lo sabe!-, de expresar, en adelante, mis sentimientos amorosos mediante sencillos síes o noes, modestos como tela de sayal, simples como la sencilla y modesta sarga. Y como prueba y para empezar, criatura -¡y Dios me asista!-, te diré que te amo con amor fuerte y sólido, *sine* resquebrajadura ni trampa.

ROSALINA.- Nada de *sine*, os lo ruego.

BEROWNE.- Sin duda, tengo aún restos de mi antiguo delirio. Excusadme; estoy enfermo; curaré poco a poco. Ya digo que paciencia, ¡eal! Poned sobre esos tres hombres que ves ahí el cartel: ¡El Señor tenga piedad de nosotros! Están infestados hasta el fondo del corazón. Tienen la peste, y en vuestros ojos la han cogido. Pero si estos caballeros han sido

visitados por la cólera celeste, vosotras tampoco estáis indemnes señoras mías, pues también veo en vosotras ciertas huellas de nuestro mal.

PRINCESA.- No, no, libres son los que nos hicieron estos regalos.

BEROWNE.- Nuestros bienes embargados están; ved de no arruinarnos.

ROSALINA.- Protesto. ¿Cómo podéis estar embargados siendo vos los que perseguís?

BEROWNE.- Concededme la paz. Con vos no quiero cuestión alguna.

ROSALINA.- No la tendréis, al menos, si de mí depende.

BEROWNE.-A vosotros el hablar, señores. Yo ya no puedo más.

EL REY.- Enseñadnos alguna excusa, hermosa Señora, digna de purgar nuestra grosera ofensa.

PRINCESA.- La mejor excusa es la confesión. ¿Estabais o no disfrazados, aquí, hace unos instantes?

EL REY.- Sí, Alteza.

PRINCESA.-¿Y sabíais lo que hacíais?

EL REY.- Sí, hermosísima Señora.

PRINCESA.-Y cuando estabais aquí, qué decías en voz baja al oído de vuestra elegida?

EL REY.- Que la respetaría más que a toda otra cosa en el mundo.

PRINCESA.-Y cuando os intime a cumplir vuestra palabra, ¿rechazareis mi intimación?

EL REY.- No, por mi honor.

PRINCESA.- Callad, callad, nada de honor. Ya habéis violado un juramento: de modo que poco os costará volver a ser perjuro.

EL REY.- Despreciadme si violo lo que ahora prometo.

PRINCESA.- Así lo haré seguramente; no lo olvidéis. Rosalina, ¿qué es lo que el ruso te ha murmurado al oído?

ROSALINA.- Me ha jurado, Señora, que me amaba como a las niñas de sus ojos y que era para él más que todo en el mundo. Más aún: ha añadido que o me desposaba o moriría de amor por mí.

PRINCESA.- ¡Pues Dios te conceda ser muy feliz con él! Mas, ¿de veras que el noble señor está dispuesto a cumplir honrosamente su promesa.

EL REY.- ¿Qué queréis decir, Señora? Por mi vida y por mi fe que yo jamás hice a esta dama tal juramento.

ROSALINA.- ¡Por el Cielo!, digo yo, que me lo habéis hecho. Y como prenda del cumplimiento de lo

que me prometíais, me habéis dado esto. (*Muestra una sortija.*) Pero volved a tomarla, Señor.

EL REY.- Es a la Princesa a quien se la he dado en prenda de mi fe. La he reconocido en la joya que llevaba en la manga.

PRINCESA.- Perdón, Señor, quien llevaba esta joya era ella; y el caballero Berowne -y por ello le doy las gracias-, quien está enamorado de mí. (*A Berowne.*) Conque vamos a ver, ¿es que queréis tenerme, como decíais, o queréis volver a recuperar vuestra perla?

BEROWNE.- Ni una rosa ni otra; abandono las dos. Y bien veo ahora lo que ha ocurrido. Estabais de acuerdo, señoras, conociendo de antemano nuestra broma, para hacerla abortar como se hace con las comedias de Navidad. Algún vendedor ambulante de noticias, algún bromista, un payaso cualquiera de esos tráeme lleva historias, un parásito oficioso, un aguanta todo de los que, a fuerza de sonreír, por adular, tienen patas de gallo desde jóvenes, y que sabe cómo divertir a Su Alteza, sin ignorar que, a veces, puede ser baja lo que lleva a cabo, os ha revelado nuestro proyecto. Y una vez descubierto el plan, estas damas han cambiado los regalos y nosotros, guiados por ellos, hemos cortado a los regalos de nuestras bienamadas. Con ello,

creciendo el error de nuestro perjurio, hemos roto dos veces nuestro juramento: una, voluntariamente; la otra, por error. Y esto es poco más o menos, lo que ha ocurrido. (*A Boyet.*) ¿Y no seréis vos, quizá, quien habrá revelado nuestro proyecto para hacer que nos mintiésemos a nosotros mismos? ¿No seréis vos, digo, gran husmeador de los caprichos de vuestra señora? ¿Vos, que sabéis leer como nadie, en el menor movimiento de sus ojos, cuándo debéis reír? ¿Vos, siempre alerta, entro su espalda y el fuego, plato en mano, dispuesto a servirla de bufón? ¿Vos, que habéis confundido también a nuestro paje? ¡Largo, largo! De cualquier cosa sois capaz. Podéis morir cuando os plazca; vuestra mortaja será una camisa de mujer. ¿Me miráis de reojo? ¡He aquí una mirada hiriente como sable de plomo!

BOYET.- ¡Con qué alegría ha dado una vez más él solito su vuelta a la pista!

BEROWNE.- Vedle aún dispuesto a romper una lanza. ¡Bah! Tengamos paz. Por mi parte, he acabado. (*Entra Costard.*) ¡Salud a ti, noble espíritu! A tiempo llegas para dar punto a una querella.

COSTARD.-A lo que vengo, señor, es porque ellos quieren saber si los tres Valientes pueden llegar ya o no.

BEROWNE.- ¡Cómo!, ¿no son sino tres?

COSTARD.- No, señor, pero la cosa será de lo bueno lo mejor, pues cada uno de ellos hace por tres.

BEROWNE.-Y tres veces tres hacen nueve.

COSTARD.- Tampoco, señor -salvo error, señor;- espero bien que tampoco será así. Porque no hay que tomarnos por idiotas, señor; os lo puede asegurar, señor. Nosotros sabemos lo que sabemos. Yo espero, señor, que tres veces tres, señor...

BEROWNE.- No hacen nueve.

COSTARD.- Salvo error, señor, nosotros sabemos las que son.

BEROWNE.- Pues yo, ¡por Júpiter!, siempre había creído que tres veces tres eran nueve.

COSTARD.-A fe mía, señor, que sería una lástima que tuvieseis que ganaros la vida contando.

BEROWNE.- Entonces, ¿cuántas son?

COSTARD.- Verdad, señor, la compañía misma, los actores, os mostrarán, señor, cuántas son. Por mi parte, como ellos dicen, yo debo "aparentar" un hombre; más aún: un pobre hombre: el gran Pompión, señor.

BEROWNE.- ¿Eres entonces uno de los Valientes?

COSTARD.- Han tenido a bien juzgarme digno de hacer el gran Pompión. Por mi parte, la verdad, no conozco el grado de este Valiente. pero yo soy quien debo ser él.

BEROWNE -Pues ve a decirles que se preparen.

COSTARD.- Haremos la cosa de un modo muy en su punto justo, señor. Pondremos en ello toda nuestra conciencia. (*Sale.*)

EL REY.-Nos van a llenar una vez más de vergüenza, Berowne; no les dejes acercarse.

BEROWNE. -Un poco más o un poco menos ya, Señor... Además, es de buena política ofrecer a estas damas un espectáculo inferior a los de la compañía del Rey.

EL REY. Te digo que no quiero que vengan.

PRINCESA -Ea, amable Señor, dejadme que os gobierne en esto. El entretenimiento que más divierte es aquel que lo consigue a pesar nuestro. Cuando se pone gran empeño en satisfacernos, y se ve expirar tal empeño a pesar del ardor de los que tratan de llevar a buen puerto su propósito, sus apuros mismos causan el más vivo regocijo. Pues ciertamente mueve a risa el ver que muchos grandes proyectos, pese a luchar mucho por llegar a ser algo, abortan en su nacimiento.

BEROWNE.- Exacta descripción de nuestro entretenimiento, Señor. (Entra Armando.)

ARMANDO.- Ungido del Señor, yo imploro de tu dulce aliento real el gesto necesario para proferir una pareja de palabras. (*Habla con el Rey aparte y le da un papel.*)

PRINCESA.- ¿Es que este hombre sirve a Dios?

BEROWNE.- ¿Por qué lo preguntáis Señora?

PRINCESA.- Porque no habla como los demás hombres a los que Dios ha hecho.

ARMANDO. Qué importa, mi hermoso, dulce y melifluo monarca. Aseguro a Vuestra Majestad que el maestro de escuela tiene tanta fantasía, que si quisiera, podría vender. Y como vanidad, ¡mucho! Mucha vanidad. Pero nos entregamos, como suele decirse, a *la fortuna de la guerra*. Os deseo, ¡oh realísima pareja!, paz espiritual. (*Sale inclinándose ceremoniosamente.*)

EL REY.---(*Leyendo atentamente el papel que le ha dado Armando.*) No hay duda que vamos a ver una linda exhibición de los valientes... El representará a Héctor, de Troya; el rústico, a Pompeyo el Grande; el cura de la parroquia, a Alejandro; el paje de Armando, a Hércules; el pedante, a Judas Macabeo... (lee).

Y si los cuatro Valientes aciertan en estos papeles, cambiarán de trajes e interpretarán los otros cinco.

BEROWNE.- Pero ya hay cinco, Señor, en esta primera parte.

EL REY.- No, hombre, te equivocas.

BEROWNE.- Como queráis: el pedante, el fanfarrón, el cura rural, el palurdo y el paje. Aunque consiguieseis el mejor golpe de dados, no habría medio en el mundo de reunir cinco puntos semejantes. Cada uno en su género es único.

EL REY.- El barco ha desplegado velas, y viento en popa llega.

(Traen sillones para el Rey y la Princesa. Entra Costard, armado, representado a Pompeyo. Tropeziza con su propia espada y cae.)

COSTARD.- *(Desde el suelo.)* Pompeyo soy... "

BEROWNE.- Mientes, no lo

COSTARD.--*(Levantándose.)* Yo, Pompeyo soy..."

BOYET.- Con una cabeza de leopardo en la rodilla.

BEROWNE.- Bien dicho, viejo burlón! Va a ser preciso que, seamos amigos.

COSTARD.- "Pompeyo soy, Pompeyo llamado el Gordo.

DUMAINE.- El Grande.

COSTARD.- Bueno, claro, señor, el Grande; el Gran Pompeyo que muchas veces, en los campos de batalla, hice con mi escudo, mi armadura y mi talla sudar a mis enemigos. Hoy errando por estos lugares, tras haber recorrido largas tierras y mares, llego aquí, donde ya sin arrogancia armas rindo a la dulce hija de Francia.

(Tira a los *pies de la Princesa espada y escudo.*) Si Vuestra Alteza quisiera decirme: "Gracias, Pompeyo hecho estaba lo mío.

PRINCESA.- Gracias, mil, Gran Pompeyo-

COSTARD.- Claro, que casi no vale la pena, pero me parece que he estado de primera. No me he equivocado sino una vez: en lo de "gordo" en vez de "grande".

BEROWNE.- Mi sombrero contra medio penique a que Pompeyo será el mejor de los Valientes. (Entra Nataniel armado representando a *Alejandro.*)

NATANIEL Cuando yo en el mundo vivía, el mundo todo me pertenecía.

Al Norte, al Sur, al Este y al Oeste extendíase mi potencia terrestre.

Que Alisandro soy, yo no lo dudo; dice, evidencia y pruébalo mi escudo.

BOYET.-PUCS tu nariz dice lo contrario. La tienes demasiado derecha.

BEROWNE.- ¡Bien olida la negación! Eso es tener fino el olfato.

PRINCESA.- He aquí al pobre conquistador hecho un taco. Sigue, excelente Alejandro.

NATANIEL.- Cuando yo en el mundo vivía, el mundo todo me pertenecía

BOYET.- Cierto, exactísimo, te pertenecía, Alisandro.

BEROWNE.- ¡Gran Pompeyo!

COSTARD.- Aquí, Costard, para serviros.

BEROWNE.- Llévate al conquistador, llévate a Alisandro.

COSTARD.- (A *Nataniel*.) ¡Pero, Mosón!... ¡Habéis humillado a Alisandro el conquistador! Ahora os quitarán de las telas pintadas. Vuestro león, que sostiene su hacha sentado en el taburete, será dado a Aiax; y hará el noveno valiente. ¡Tener miedo de hablar un conquistador! ¡Corre a esconder tu vergüenza, Alisandro! (*Nataniel se retira todo confuso*.) Y, por tanto, salvo vuestra mejor opinión, es un amable tonto. Un hombre, por supuesto, el mejor del

mundo. Pero, claro, ya se ha visto que se ha hecho un ovillo por menos de nada. Por lo demás excelente vecino. Por supuesto, a los bolos no hay quien le meta mano. Ahora que como Alisandro, ya lo habéis visto, no ha estado, ¡qué lástima!, a la altura de su oficio. Pero aquí vienen otros Valientes que dirán lo que llevan dentro de modo bien distinto. (Entra Holofernes, armado, representando a *Judas Macabeo*, y *Moth*, armado admismo, en su *de Hércules*.)

HOLOFERNES.- Este arrapiezo Hércules representa,

cuya maza mató al cruel Cerbero.

El tricéfalo canis, fiel portero del Infierno,
por él halló su cuenta.

Hércules, el que aún niño, en la lactancia
ahogaba serpientes con sus manos. Quoniam, sus
hechos nunca fueron vanos;

ahora le veis aquí en plena infancia, (*A Moth*.)

¡*Exit!*, vete de aquí como una bala; sin perder dignidad,
ahueca el ala.

(*Moth se va*.)

En cuanto a mí, soy Judas y bien veo...

DUMAINE.- ¿Judas nos llega ahora de rebote?

HOLOFERNES.- Pero atención, no Judas Iscariote;
soy Judas el nombrado Macabeo.

DUMAINE.- Si Macabeo pierdes, quedas Judas.

BEROWNE.- Judas, que traicionó mediante un beso.

No obstante, prueba, pues que dices eso, eres tal.

HOLOFERNES.- Que lo soy, fuera es de dudas.

DUMAINE.- ¿Y no sientes vergüenza de tal cosa?

HOLOFERNES.- Más que vergüenza, orgullo y embeleso.

BOYET.- ¿Orgullo? ¡Anda a ahorcarte, vil raposa, pues, que vendiste a Cristo por un beso!

HOLOFERNES.- ¿Y si vos me enseñaseis el camino y querais a esperarme junto al olmo?

BEROWNE.- ¡Bien respondido, oh Judas peregrino!

Ahorcarse por besar sería el colmo.

Si alguien te inquieta, que Hércules te ayude.

DUMAINE.- Ya ha debido de darle ayuda Baco.

HOLOFERNES.- ¿Es que creéis que soy -como Alejandro?

Error el pretender hacerme un taco.

BEROWNE.- ¡Alejandro sin casco ni armadura!

Sin rostro casi; aunque de cara dura.

HOLOFERNES.- No tendré rostro hermoso como el vuestro, pero rostro... Decid, si no, qué es esto.

DUMAINE.- El fondo, ya picado, de una jarra.

BOYET.-O el parche más ramplón de una guitarra.

BEROWNE.- La cabeza de un muerto en un anillo.

LONGAVILLE.- Y si cara, la de una vil moneda;
no de oro, bien que estés todo amarillo.

BOYET.- El pomo de una espada de madera.

DUMAINE.- El adorno, en metal, de una polvera.

BEROWNE.- El perfil de un San Jorge narigudo.

DUMAINE.- Más bien, la abolladura de un escudo.

BEROWNE.- Mejor la insignia, en trapo y lente-
juelas, de un bufón ambulante, o sacamuelas.

Y puedes ya marcharte sin cuidado, pues, como ves,
ya te hemos encarado.

HOLOFERNES.- Más bien, como vos todos, ¡des-
carado!

BEROWNE .-¡Falso!, más de cien caras te hemos
dado.

HOLOFERNES.- ¿Llamáis cien caras al hacerme
cara?

¡Metáfora sutifi, linda avis rara.

BEROWNE.-Y si eres un león. ¿no es una gloria
hacerte cara por dejar memoria?

BOYET.- Pero como es un asno solamente, váyase.
Y si es posible, de repente.

Pero qué, ¿no te vas?, ¿qué esperas, hombre?

DUMAINE.- La sílaba postrera de su nombre.

BEROWNE.- ¿Un "as" y lárgaste tras hacer baza?

Pues bien, Judas, ¡gran calabaza!

HOLOFERN -¡Es Mezquino todo, ruin, ineducado!... (Sale.)BOYET.- ¡Qué se desmanda! ¡Pronto,

un buen bocado!

PRINCESA.- ¡Macabeo, infeliz! Cuán desdichadose marcha bien contrito y manteado. (*Entra Armando disfrazado de Héctor.*)

BEROWNE.- Guarda, tu cabeza, ardiente Aquiles, que aquí llega Héctor armado de punta en blanco.

DUMMNE.- Aunque las burlas hubiesen de rebotar contra mí, quiero divertirme.

EL REY.- El valeroso Héctor no era sino una cuchufleta comparado con éste.

BOYET.- Pero, ¿éste es Héctor?

EL REY- Yo creo que jamás Héctor fue tan sólido como el que Vemos.

LONGAVILLE.- Tiene las piernas demasiado gordas para ser Héctor.

DUMAINE.- Que le sobran pantorrillas, es cierto.

BOYET- No, por donde está mejor provisto es por sobre las pantorrillas.

BEROWNE.- Este no puede ser Héctor.

DUMAINE.- A juzgar por su habilidad en hacer caras o es un dios o - un pintor.

ARMANDO.- Marte el omnipotente, el de invencible espada,

hizo un regalo a Héctor...

DUMAINE.-Diole una nuez moscada.

BEROWNEe-¡No!, fue un limón, mi bravo.

LONGAVILLE.-Todo lleno, por cierto de puntitas de clavo.

DUMAINE - Y, además, de propina, en dos trozos cortado.

ARMANDO -¡Silencio!

Marte el omnipotente, el de invencible espada,

hizo un regalo a Héctor, de Ilión, la alegría:

tan duro con las armas, que luchando podía

bregar días enteros sin fatigarse nada.

Pues esta flor soy yo...

BEROWNE.-Esta menta bravía.

LONGAVILLE.-Esta flor admirable del rudo escaramujo.

ARMANDO.-Señor de Longaville, detened el embrujo.

de vuestra digna lengua, tan comedida un día.

LONGAVILLE.-¿Detenerla? Al contrario,

pues tras Héctor galopa.

Héctor que, cual liebre,

sin tino se desboca.

ARMANDO.-Nada de correr Héktor, pues muerto y enterrado,

no corre. Para siempre, creedme, ya ha acabado.

Mis amados corderos, respetad, pues sus huesos;

no seáis con sus restos ni burlones ni aviesos.

Mientras alientos tuvo, combatió como un bravo;

mi papel continuo, por él, de punta a cabo. (A la *Princesa*.)

Atención concededme, Alteza esplendorosa. (*Berowne habla bajo con Costard*.)

PRINCESA.-Seguid, seguid hablando:

os escucho dichosa.

ARMANDO.-Vuestra, chinela adoro, de tela rica y rara.

BEROWNE.-Ved: por el pie la adora.

COSTARD.-No puede por la vara.

ARMANDO.-Aníbal no es a Héktor en nada comparable

COSTARD.-Tu cómplice está en ruta, mi camarada amable.

En ruta hace dos meses,

hállase ya viniendo.

ARMANDO.-¿Qué dices, gran Pompeyo?

Te escucho y no te entiendo.

COSTARD.-Pues que obres como honrado

troyano, ¡por mi vida!,
o la pobre muchacha
para siempre es perdida,
Que en su vientre se agita,
pues está embarazada,
un hijo que la hiciste,
lo juro... ¡por mi espada!

ARMANDO.-¿A difamarme vienes
ante un rey potentado?
¡Morirás por mi mano,
Pompeyo desalmado!

COSTARD.- ¡Cuidado!, no te ¡metas,
Héktor, en un apuro,
que para socorrerte
no encontrarás, ayuda:
por preñar a Santiago,
que te azotan, seguro;
por matar a Pompeyo,
que te cuelgan, no hay duda.

DUMAINE.-¡Magnífico, gran Pompeyo!

BOYET.-¡Pompeyo, famosísimo!

BEROWNE.-¡Más grande que el Grande! ¡Grande,
grandísimo Pompeyo!

DUMAINE.-Héktor tiembla.

BEROWNE.-En cambio, Pompeyo enfurece.
¡Adelante, Furias!, ¡adelante!, ¡excítadle aún!

DUMAINE.-Héctor va a desafiarte.

BEROWNE.-Tal es preciso que haga aunque no le quede más sangre en las venas que la necesaria para hacer almorzar a una pulga.

ARMANDO. (A Costard.)-¡Por el Polo Norte, te desafío!

COSTARD.-Yo no quiero batirme a estacazo limpio como las gentes del Norte. No, no me batiré con garrote como un cobarde. A mí me hace falta sangre. Yo quiero batirme con sable. (A la Princesa.) Permittedme que coja otra vez mis armas, os lo ruego. (Coge su *espada y su escudo*).

DUMAINE.-¡Campo a los valientes furiosos!

COSTARD.-Me batiré en mangas de camisa. (Se quita el justillo.)

DUMAINE.-¡Intrépido Pompeyo!

MOTH. (A Armando) -Señor, dejadme que os desabroche un poco. ¿No veis cómo Pompeyo se aligera para combatir? ¿Qué queréis hacer vos? ¿Vais a perder vuestra reputación?

ARMANDO.-Caballeros y soldados, excusadme; yo no quiero batirme en mangas de camisa.

DUMAINE.-No podéis negaros. Pompeyo os ha provocado.

ARMANDO.-Corazones queridos, puedo y quiero negarme a tal cosa.

BEROWNE.-¿Por qué razón?

ARMANDO.-La verdad desnuda a negarme a bairme en mangas de camisa es, que ¡no tengo camisa! Llevo lana como penitencia.

MOTH.-En efecto, la orden la recibió de Roma. Y falto de ropa, desde entonces no ha llevado, os lo juro, sino una rodilla de Santiaguita; que, por cierto, ajusta contra su corazón a modo de recuerdo. (Entra el caballero *Mercade*, *mensajero*.)

MERCADE. (Inclinándose ante *la Princesa*.)-Dios os guarde, señora.

PRINCESA.-Se bien venido, *Mercade*; bien que interrumpas nuestro entretenimiento.

MERCADE.-Bien lo siento, señora. Tanto más cuanto que la noticia de que soy portador no sea grata en modo alguno. El Rey, vuestro padre...

PRINCESA.-¡Ay de mí! ¿Ha muerto?

MERCADE.-Así es, señora. He aquí lo que venía a anunciaros.

BEROWNE.-Valientes, partid. La escena empieza a ensombrecer.

ARMANDO.-En lo que a mí afecta, empiezo a respirar libremente. Tras haber sabido contemplar la luz del ultraje por la rendija de la discreción, a repararle voy como buen soldado. (Salen los *valientes*.)

EL REY. (A la Princesa.)- ¿Cómo se siente vuestra majestad?

PRINCESA.-Boyet, preparadlo todo; esta misma tarde partiremos.

EL REY.-No, señora; quedaos, os lo suplico.

PRINCESA.-Preparadlo todo, digo. Os doy mil gracias, amables señores, por todas vuestras amabilidades, y desde lo más profundo de mi alma, tan súbitamente hundida en el dolor, os suplico, particularmente a vos, que tan rico sois en sabiduría, que excuséis e incluso olvidéis nuestras burlas. Si hemos ido más allá de los límites justos a lo largo de nuestras conversaciones, culpa es de vuestra propia cortesía. Adiós, noble señor. Corazón afligido no gusta de larga charla. Excusadme, pues, si apenas os doy las gracias por los favores que tan amablemente me habéis concedido.

EL REY.-El batir del tiempo, en los instantes supremos, empuja todo hacia el fin de su propia carrera, y con frecuencia es precisamente en el Momento mismo en que huye, cuando decide lo que

largos debates no habían conseguido arbitrar. Aunque el rostro contristado de una criatura en pleno duelo prohíba a la sonriente cortesía del amor pleitear como es debido la causa sagrada que quisiera ganar, no obstante, puesto que poco ha el amor presentaba su demanda, no permitáis que la nube de dolor le aparte del fin que perseguía. Llorar a amigos perdidos es menos provechoso y menos saludable que alegrarse de haber encontrado nuevos amigos.

PRINCESA.-No os entiendo y esta incomprensión redobla mi pena.

BEROWNE.-Las palabras sencillas y honradas son las que llegan mejor a los oídos afligidos. He aquí las explicaciones que os harán comprender el pensamiento de su majestad. Es por amor hacia vosotras, hermosas señoras, por lo que hemos gastado nuestro tiempo y violado nuestros juramentos. Vuestra hermosura nos ha desfigurado, haciéndonos representar un papel enteramente opuesto a nuestras intenciones. Si hemos podido parecer ridículos, es porque el amor lleno está de caprichos extravagantes, porque es veleidoso como un niño, y como un niño, juguetero, cambiante y frívolo. Engendrado por los ojos, como ellos está lleno de

imágenes, de apariencias y de formas cambiantes, por lo que pasa de una cosa a otra cual los ojos pasean sus miradas por todos los objetos que están a su alcance. Estos exteriores abigarrados con que el fantástico amor nos ha revestido, si han parecido a vuestros ojos celestiales no convenir a nuestros juramentos y a nuestra seriedad, no olvidéis que la culpa ha sido de estos mismos ojos que ahora nos condenan faltas que ellos nos han sugerido. A causa de lo cual, hermosas señoras, al ser obra vuestra nuestro amor, las faltas cometidas por este amor, obra vuestra son también. Hemos sido perjuros a nosotros mismos una vez, con objeto de ya para siempre poder ser fieles a las que a la vez nos han hecho perjuros e infieles. Es decir a vosotras, hermosísimas señoras. De modo que este perjurio, pecado en sí mismo, purificado por nuestra intención, cámbiase en gracia y virtud.

PRINCESA.-Hemos recibido vuestras cartas llenas de amor; vuestros regalos, de amor embajadores, y en nuestro consejo de jóvenes solteras no hemos hallado en ello sino galantería, entretenimiento amable, cortesía, adornos y pretextos para pasar el tiempo. Por nuestra parte, sí; no hemos podido tomarlo de otro modo, y he aquí por qué hemos aco-

gido vuestro amor tal cual nos parecía ser: como un puro pasatiempo.

DuMAINE.-Nuestras cartas, señora, mostraban algo enteramente distinto de una broma.

LONGAVILLE.-Y nuestras miradas lo mismo.

EL REY.-Por consiguiente, en este último minuto, concedednos vuestro amor.

PRINCESA.-Es un plazo de tiempo demasiado breve, al menos tal me parece, para concluir un asunto que tanto había de durar. No, no, Majestad; Vuestra Gracia ha perjurado y a causa de ello es gravemente culpable. Por consiguiente, si por amor a mí (amor en el que no creo, por supuesto) queréis hacer algo, he aquí lo que haréis: no creyendo, como no creo, en vuestros juramentos, os retiraréis lo más pronto posible a una ermita solitaria y desnuda, lejos de todos los placeres mundanos. En ella permaneceréis hasta que los doce signos del zodiaco hayan cumplido su viaje anual. Si esta vida austera y retirada no cambia en nada el ofrecimiento que hacéis ahora en pleno ardor de la sangre; si el frío y los ayunos, el áspero alojamiento y los vestidos modestos no consiguen ajar la desbordante flor de vuestro amor, entonces, al terminar el año venid. Venid, sí, a reclamar en nombre de vuestros nuevos

méritos esta mano virginal que en este momento está entre la vuestra, y vuestra seré. Hasta aquel momento encerraré mi tristeza en una cámara de duelo, llorando sin interrupción lágrimas amargas en recuerdo de la muerte de mi padre. Si no aceptáis lo que os propongo, que nuestras manos se desunen y nuestros corazones pierdan todo derecho el uno sobre el otro.

EL REY.-De negarme a aceptar tales condiciones y otras más duras si fuesen aún necesarias, con objeto de volver mi alma al verdadero reposo, ¡que la mano de la muerte llegue de improviso a cerrar mis ojos! En adelante, eremita, mi corazón no tendrá otra morada que tu pecho. (*Quedan hablando bajita.*)

BEROWNE. (*A Rosalina.*)-Y a mí; ¡amor mío!, ¿qué vas a decirme?

ROSALINA.-Es preciso también que os purifiquéis, pues vuestros pecados son muy graves: os habéis manchado con faltas y perjurios. Por consiguiente, si queréis obtener mi favor, preciso os será pasar un año sin descanso visitando el lecho de dolor de los enfermos.

DUMAINE. (*A Catalina*) -Y a mí. dulce amada ¿me daréis mujer?

CATALINA -Una buena barba, no menos buena salud y sentimientos honrados: he aquí las tres cosas que os deseo, más triple ternura.

DUMAINE -¿Debo daros las gracias, mi adorable mujer?

CATALINA-No, caballero. Un año y un día quiero permanecer sin escuchar palabras amables de un galán imberbe como vos. Volved cuando el Rey vendrá a reunirse con la Princesa. Si entonces soy rica en amor, os daré un poco. ,

DUMAINE.-Hasta entonces seré vuestro leal y fiel servidor.

CATALINA.-No hagáis juramentos por miedo a ser aún perjuro.

(Quedan también hablando solos.)

LONGAVILLE.-Y María, ¿qué dice?

MARÍA.-Que dentro de doce meses cambiaré mi traje de duelo contra un amigo fiel.

LONGAVILLE.-Esperaré con paciencia. Pero el plazo, ¡qué largo!

MARIA .-Exactamente el que os conviene, pues sois aún muy joven para vuestra talla. *(Quedan hablando bajito.)*I

BEROWNE. -(A Rosalina.)-¿Eu qué piensa mi señora? Dueña mía, mira, en mis ojos, ventanas de mi

corazón, qué humilde súplica espera tu respuesta. Impónme algún servicio para que pueda probarte irá amor.

ROSALINA.-He oído hablar con frecuencia de vos, mi señor Berowne antes de conoceros, y mil lenguas en el mundo os proclamaban hombre fecundo en burlas, pródigo en comparaciones cómicas y en pullas agresivas, con las cuales acribillabais a cuantos se ponían al alcance de vuestra chispa. Pues bien, con objeto de desarraigar esta verdadera cizaña de vuestro fértil cerebro, y con ello ganar, si ello no cr, disgusta, mi corazón, que tan sólo alcanzaréis a este precio, un año entero pasaréis, día tras día, visitando a los sordomudos y sin conversar sino con los que giman en el dolor. Y vuestra labor será y en ella habréis de poner todo vuestro esfuerzo, en hacer sonreír, pese a todos sus dolores, a los enfermos incurables.

BEROWNE. -¡Hacer brotar la sonrisa en la garganta de la muerte! Esto no se puede conseguir. Es imposible. Toda la alegría sería impotente para reanimar a un alma agonizante.

ROSALINA.-¿Qué estáis diciendo? Es, por el contrario, el verdadero medio de corregir a un espíritu burlón cuya fuerza proviene de la complaciente in-

dulgencia que los necios, que tanto gustan de reír, conceden a los tontos. El éxito de un dicho agudo depende enteramente del oído de aquel que lo escucha, no de la lengua que le pronuncia. Por consiguiente, si oídos enfermos, ensordecidos por el propio rumor de sus tristes lamentos, consienten en escuchar burlas, continuad sembrándolas y os aceptaré pese a tal defecto. Caso contrario, despedid a tal mal espíritu, y una vez desembarazado de tal inconveniente, me veréis infinitamente satisfecha de que os hayáis corregido.

BEROWNE.-¡Un año! Pues bien, ocurra, un año pasaré bromeando en un hospital. (*El Rey y la Princesa avanzan.*)PRINCESA. (*Al Rey.*)-Así ha de ser, bondadoso señor. Y tras ello, me despido.

EL REY.-No, señora; queremos acompañaros hasta el momento de partir.

BEROWNE.-Nuestro amor no acaba como en las comedias antiguas. Bartolo no tiene a su Bartola. La cortesía de estas damas hubiera debido terminar en comedia nuestro entretenimiento.

EL REY.-Ea, caballeros, se trata de un año y un día, y el desenlace llegará.

BEROWNE .-Es demasiado largo para una pieza teatral. (*Entra Armando vestido como de costumbre.*)

ARMANDO.-Dulce majestad, concédeme...

EL REY.-¿No es éste nuestro Héctor?

DUMAINE.-El esforzado caballero de Troya.

ARMANDO.-Vengo a depositar un beso sobre tu dedo real antes de despedirme. Estoy atado por un voto: he jurado a Santiaguita manejar el arado durante tres años por amor a sus bellos ojos. Pero, ¡oh estimadísima majestad!, ¿os agradecería escuchar el diálogo que los dos letrados han compilado en honor del mochuelo y del cuclillo? Debía de haber sido dicho al final de nuestra presentación.

EL REY.-Bien, hazles venir inmediatamente y les escucharemos.

ARMANDO -¡Eh!, ¡acercaos! (*Las máscaras avanzan. De un lado un grupo de personas en representación del invierno, encarnado en un personaje vestido como un mochuelo; de otro, otro grupo representando a la primavera, dirigido por un personaje disfrazado de cuclillo.*) A este lado está *Hiems*, el Invierno; a este otro, *Ver*, la Primavera. Por uno habla el Búho; por el otro, el Cuclillo. *Ver*, empieza:

El Cuclillo canta.

Cuando las pintadas, albas, margaritas

con las violetas suaves, pequeñas, más las anémonas de color de oro y las cardaminas, ¡tan blancas!, a coro

esmaltan tornando tapices los prados verdes, blancos, rojos, azules, dorados...

El cuclillo, loco, va de rama en rama (burlándose, astuto, del marido que ama), lanzando su agudo ¡cu, cu! socarrón.

Canto vivo que inquieta y escama al casado ausente, que por dentro brama, temiendo que el niño alado y burlón de a su frente cuernos en cada ocasión.

Cuando caramillos hacen los pastores; cuando las alondras, de pardos colores, relojes tempranos del buen labrador; cuando las cornejas, con celo y amor, y la tortolilla preparan su nido,

trabajando raudas con afán no vano; cuando las muchachas trajes de verano sacan, y al alféizar la ropa de cama.

El cuclillo, loco, va de rama en rama (burlándose, astuto, del marido que ama), lanzando su agudo ¡cu, cu! socarrón.

Canto vivo que inquieta y escama al casado ausente, que por dentro brama,

temiendo que el niño alado y burlón de a su frente
cuernos en cada ocasión.

El Mochuelo canta:

Cuando los carámbanos adornan ya todo,
y los pastorcillos, yertos, ateridos, soplan su deditos,
todo entumecidos, marchando tristonos sobre el du-
ro lodo.

Cuando, diligente, Tom corta la leña, la leche crepi-
ta, helada, en el cazo, formando compactos, duros,
cuajarones,

y en ser larga y fría la noche se empeña.

En ella su canto como mal agüero el mochuelo lan-
za, mientras, dentro, al fuego,
junto al que dormita el gato, ya ciego, moza Mari-
tornes despuma el puchero.

Cuando el duro viento todo bambolea
y la tos perturba del cura el sermón.

Cuando de hambre y frío parece el gorrión, y la na-
riz roja de Mary gotea.

Cuando las asadas patatas, en plato, tienen a distan-
cia la pata del gato,

En la noche, el canto todo plañidero el mochuelo
lanza, mientras dentro, al fuego,
junto al que dormita el gato, ya ciego,
moza Maritornes despuma el puchero.

ARMANDO.-Las palabras de Mercurio no pueden
sino desentonar tras los cantos de Apolo. He aquí
vuestro camino. Y he aquí el nuestro. (Todos salen.)